

MUSA JOVEN

REVISTA MENSUAL

Año I

20 de Julio de 1912

Núm. 3



DON JUAN AGUSTÍN BARRIGA

\$ 1.00

Sumario: A nuestros lectores por K.—Pío Baroja por Azorín.—Estatua (poesía) por Ramón Cabezas O.—Don Juan Agustín Barriga por Vicente García H. F.—Página de Album poesía por A. Mauret Caamaño.—Peregrino (poesía) por Armando Rojas Molina.—Los Niños por Mariano Latorre.—Cuento de Abril (poesía) por Ramón del Valle Inclán.—La fidelidad de una viuda por Pompeyo Gener.—De tí y de mí (poesía) por Jorge Hübner B.—María de Magdala (poesía) por Jorge E. Silva S.—Juego de Niñas por Jacinto Benavente.—Mística (poesía) por Gabry Rivas.—Jardín interior (poesía) por Angel C. Cruchaga S.—Nuestro siglo por Antonio Fogazzaro.—Mi Guitarra (poesía) por Juan Guzmán C.—Romántica (poesía) por Vicente García Huidobro F.—Hojas secas por Jorge E. Silva S.—El Espino poesía por Carlos I. Díaz L.—Soneto (poesía) por Andrés González Blanco.—Casita blanca (poesía) por Pedro N. Polloni V.—El oso blanco por Joaquín Dicenta.—Epilogo de un gran libro por Ricardo León.—Las viudas por C. Baudelaire.—La Rosa Niña poesía por Rubén Darío.—Página de la vida por Abraham A. Arce.—Teatro: Compañía Borrás.—Notas.—Malvaloca.—El Alcázar de las Perlas.—Borrás por V. G. H. F.—Amor de muerte, por José Francés.

✻ A NUESTROS LECTORES ✻

En el deseo de mejorar MUSA JOVEN, hemos doblado el número de páginas, multiplicando los grabados y enriquecido la lista de colaboradores con ilustres firmas nacionales y extranjeras, lo que, dándonos días de labor fatigosa y á veces estéril, hizo atrasarse nuestra Revista. La benevolencia del público dispensará ese atraso, consecuencia de obras que en su obsequio se hacían.

Aumentado con ellas el ya enorme trabajo que la revista ocasionaba, nos hemos visto en la necesidad de variar el período de su publicación haciéndolo mensual y dándonos con ello el tiempo necesario para la selección de un material de primer orden. Con estas noticias, no podrán extrañar los lectores el alza del precio, antes bien, verán que de ella han nacido mejoras de su agrado.

Así lo esperamos, con el derecho de un copioso trabajo en pro del arte. Sembradores de la buena semilla, no nos guía la esperanza de ser los recolectadores del fruto, que nuestros árboles sólo darán flores, para que en ellas descansen los ojos del caminante y para que su perfume purifique el ambiente viciado de esta tierra.

K.

✻ PÍO BAROJA ✻

(Del libro recién publicado: *Lecturas Españolas*).

Pío Baroja ha publicado una nueva novela: *El árbol de la ciencia*. Baroja es un infatigable trabajador; no frecuenta los cafés ni las tertulias literarias; ama los paisajes y la pintura; observa la vida menuda, prosaica, realista, del pueblo; hace todos los años largos viajes por España, por Francia, por Italia, por Inglaterra. Ha pintado Pío Baroja en algunos de sus libros el ambiente de nuestro pueblo: las viejas ciudades, los panoramas ásperos y tristes de Castilla, las posadas, los caminos, las gentes aventureras y equívocas de los suburbios y de la vida errante. Ha

dedicado otros libros Baroja á ciudades cosmopolitas como París, Londres, Roma. Si se tuviera que estudiar la evolución de la novela española contemporánea, habría que decir que de la etapa que representa Galdós se ha pasado á la que encarna Baroja. De Galdós arranca la conciencia artística del ambiente español; el autor de *Angel Guerra* ha llevado á sus libros el amor reflexivo á España; lo que es ocasional en los artistas anteriores á él, es en Galdós deliberado, sistemático. Un paso hacia adelante representa Baroja. Sin Galdós no sería posible Baroja; necesitase estudiar la obra del primero para comprender plenamente la del segundo.

El árbol de la ciencia resume, mejor que ningún otro libro, el espíritu de Baroja. En sus páginas se puede ver fielmente la sensibilidad, el estilo y la filosofía de nuestro artista. Ninguna sensibilidad artística más fina, más sutil, más vibradora, más comprensora de todo que la de Pío Baroja. Una agudeza ingénita le lleva á escoger en la realidad, en el inmenso y complicado acerbo de la realidad, el rasgo característico, esencial, de las cosas. Sus descripciones son limpias, escuetas; cuatro trazos le bastan para hacer vivir un personaje. No sobra ni falta nada en sus pinturas; el detalle que el autor ha elegido es precisamente, entre todos, el único que podía dar la sensación de la vida. Baroja ha ido hacia él derechamente, guiado por su instinto, sin vacilaciones ni veladuras.

Esa misma sensibilidad sutil le lleva á percibir, con una agudeza extraordinaria, casi morbosa, los contrastes sociales. La omnicomprensión es la fuente de la piedad; un fondo de supremacía, de cordial, de delicadísima piedad hay en los libros de Baroja. Para el autor existen dos absurdos enormes, intolerables; la estupidez y la crueldad. Hojeando la ya extensa obra de Pío Baroja se podría reunir una clamorosa antología de las reflexiones, los anatemas, las salidas violentas que al novelista inspiran estos dos absurdos capitales. No clasificuéis á Baroja en ningún casillero político ni estético. Su pluma busca instintivamente dónde está la estupidez y dónde está la crueldad; como crueldad y estupidez hay en todas partes, difundidas por todo el tejido social, arriba y abajo, Baroja, al combatir al execrar, al cauterizar esos dos males, se nos presenta aristócrata unas veces, demócrata otras. Pero si nuestro autor se indigna ante la incomprensión, hállese donde se halle, hay, sin embargo, para él—como para otros grandes ingenios—una incultura primaria, rudimentaria, tosca, que puede estar aliada á una límpida inteligencia, á un bondadoso corazón. La atracción poderosa que sobre Baroja ejerce el pueblo no obedece á otra causa. Todas sus novelas están llenas de tipos populares, tipos de aventureros, de caminantes, de mendigos, bohemios, labriegos, en quienes brilla un intelecto claro, lógico, primitivo, salvaje, pero libre de pedanterías, prejuicios, afectaciones y bambollas. No á otra causa obedece también la predilección de Baroja por *la calle*: la calle madrileña, sobre todo. «En ella todo era callejero, popular», escribe al hacer el retrato de un tipo de mujer admirable, que llena las páginas de su último libro. El espíritu de Madrid, el de la calle, el del pueblo, sutilísimo, poderosamente cáustico; ese espíritu que tan maravillosamente armoniza con el aire fino de esta alta meseta y con el paisaje sobrio, fuerte y elegante del Guadarrama; ese espíritu es el mismo que ha recogido Pío Baroja á través de su obra.

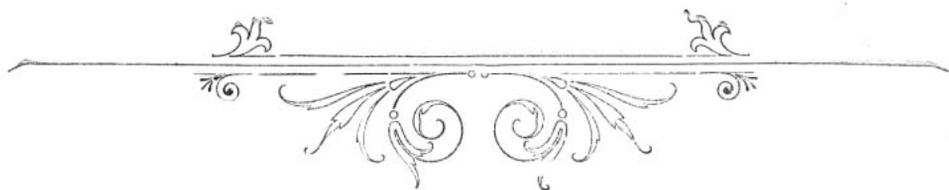
Se ha discutido el estilo de nuestro novelista. De prosaico y desaliñado se le tacha. Siempre habrá en la república literaria quien prefiera la afectación castiza, el empalagoso aliño, la brillante corrección, á la claridad, la precisión y la sencillez. Generalmente se reputa por supremo escritor el que adapta su estilo á giros, locuciones y maneras de ser del pasado. Sin embargo, el estilo que en literatura domina, prevalece y realmente subyuga, es el que traduce la modalidad del presente, el que corresponde á la manera de hablar de los coetáneos. Entre el estilo de Hurtado de Mendoza y el de Mariana, ¿cuál es el más vivo, más real, más plástico? De Mariana se dijo en su tiempo, juzgándole como escritor, que «así como otros se tiñen las barbas para parecer mozos, él por hacerse viejo». El estilo de Baroja puede parangonarse con el de Cervantes en el *Quijote*; vemos en uno y en

otro las mismas consonancias, las mismas redundancias, los mismos desaliños. No fuera el *Quijote* lo que es si se hubiera escrito de otro modo. El estilo de un artista no puede ser diferente de como se produce; es la resultante fatal, lógica, de una sensibilidad. Cojamos una página de Cervantes ó de Baroja; redactémosla en una prosa correcta, elocuente, brillante, y veremos de un modo palpable lo absurdo del procedimiento.

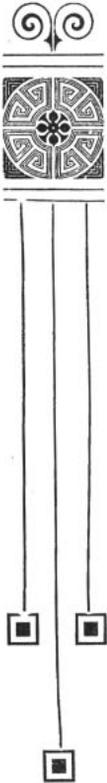
Hemos dicho que *El árbol de la ciencia* es la novela que mejor condensa— hasta ahora—el pensamiento de Baroja. A través de la obra del novelista se plantea el problema de la lucha entre el pensamiento y la acción: antagonismo que constituye el núcleo de la nueva novela. El lector sabe que recientemente ha sido creada una escuela filosófica—ya casi en desprestigio—que representa la apología de la acción en contra de la inteligencia. Se ha creído que el examen intelectual—es decir, la verdad—era un paralizador de la voluntad. En su consecuencia, para mantener viva la acción, tanto en el individuo como en las sociedades se imponía la intangibilidad de ciertos errores y creencias, de determinadas maneras de sentir. Nada más absurdo. Pondremos varios ejemplos. En sus *Cartas marruecas*, Cadalso escribe con profunda ironía lo siguiente: «Los que pretenden destruir ciertas cosas, que el vulgo cree buenamente sin perjuicio de la religión, y de cuya creencia resultan efectos útiles al Estado, no se hacen cargo de lo que sucedería si el pueblo se metiese á filósofo y quisiese indagar la razón de cada establecimiento». Nada más cierto que la ironía de Cadalso en ese pasaje de la carta LXXXVII, que merece ser leída totalmente. Se cree que la verdad, es decir la ciencia, es disgregadora de las sociedades. Pues bien: échese la vista atrás; esas palabras fueron escritas en 1768. ¡Qué progresos tan grandes ha hecho desde entonces, sin que suceda nada, sin que se desplome el orden social, la extensión y difusión de la verdad! Anatole France, en una de sus novelas, hace decir á uno de los personajes: «El pensamiento es una enfermedad particular á ciertos individuos y que no podría propagarse sin acarrear rápidamente el fin de la especie». ¿Cómo tomar en serio estas palabras? ¿De qué modo marcha ascensionalmente la especie, á lo largo del tiempo, sino gracias á la inteligencia? Leopardi, en una de sus cartas escribe: «L'altra cosa che mi fa infelice é il pensiero». Y añade: «E m'ucciderá». *Y me matará*: la inteligencia era también para el gran poeta fuente inagotable de dolores; la inteligencia mata.

Pío Baroja en *El árbol de la ciencia* plantea, como hemos indicado, el problema entre la ciencia y la verdad. En el libro de nuestro novelista acaba por triunfar la inteligencia. Toda la obra de Baroja, aparte de esto, es francamente intelectualista. ¿Qué sería del mundo si pudiese prevalecer el sistema contrario? Nó, nó y nó; la inteligencia no es enemiga de la vida. Lo que importa no es obrar, sino que la acción que se vaya á realizar sea buena. Y ¿cómo podremos obrar bien, realizar una acción civilizadora y bienhechora, si la inteligencia, el examen, la crítica, la ciencia, no nos dicen fríamente, desapasionadamente, qué acción es la que debemos elegir, qué acto es el inícuo y cuál es el justo, qué gesto es, entre todos los que realicemos, el que puede sembrar entre nuestros semejantes el dolor y qué otro el que puede esparcir la bondad, el bienestar, la justicia y la belleza?

AZORIN.



❧ **ESTATUA** ❧



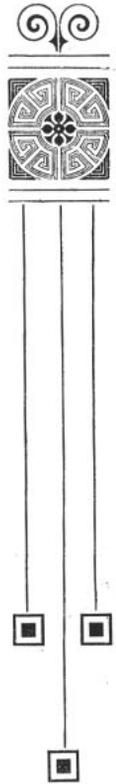
Es hermosa. Es gentil. Su frente es pura,
blanca como la nieve de los Andes.
Sus ojos son dos fuentes de ternura
donde agonizan sus pupilas grandes...

Es hermosa. Es gentil. Su roja boca
incita hacia el amor puro y sagrado;
mas algo hay en su ser que en mí provoca
el pensar que es un templo profanado...

El mármol de su piel tiene del astro
ese temblor oculto que electriza:
mas yo sé que su estatua de alabastro
es el vaso de un alma que agoniza...

Se burla del amor, y sólo aspira
á triunfar en la vida, sola, inerte...
Es una estatua hermosa que delira
en el espasmo acerbo de la Muerte!...

RAMÓN CABEZAS O.



IMPRESIONES

Don **JUAN AGUSTIN BARRIGA**

Conferencia sobre Menéndez y Delayo

Henos aquí ante el grande orador, ante el maestro de la palabra. Su elocuencia de suma altivez y gentileza es digna de todo aplauso, de todo elogio. Sería necesario otro Menéndez y Pelayo para juzgar su discurso crítico. Yo soy uno de tantos subyugados por su oratoria, soy uno de tantos que se confunden en la masa total de sus admiradores. Mi insignificancia me manda callar. El entusiasmo me manda hablar. Como el entusiasmo disculpa mi insignificancia, hablo.

Y empiezo diciendo de este estudio de Don Juan Agustín Barriga, lo que dijo de su discurso sobre la lengua castellana el maestro de los maestros, Menéndez y

Pelayo: «Todo en este discurso es excelente, así la calidad de los pensamientos, como la de lengua, que tiene una pureza, una abundancia y energía rara vez vistas en la prosa americana».

Digo de Don Juan Agustín Barriga lo que ya había dicho de Donoso Cortés: atesora en sí muchas cualidades de los más insignes oradores españoles. Tiene en su lenguaje la musical armonía de Castelar, la prontitud y vivacidad de Martos, el fuego y el nervio de Ríos Rosas que es el rayo que hiere y mata; y la apacible dulzura de Aparisi, semejante al remanso abundante que se desliza entre la verdura de los campos.

Tiene á las veces una sonrisa irónica. No la despiadada sonrisa de clarín, una mucho peor: la sonrisa compasiva de don Juan Valera.

Cuando le escuchaba suspenso, arrebatado, me hacía el efecto de un Júpiter que despidiera rayos á porfía, iluminando rincones oscuros y sacando á luz cosas desconocidas. Me parecía un paladín escapado de las polvorientas páginas de la historia medioeval que hacía lujo ante nosotros no del ejercicio de las armas sino del brillante manejo de la palabra. Sus pensamientos profundos, sus conceptos elevados, su férreo razonamiento, unido al encanto musical y poético de su palabra, me hacía pensar en una fusión de Bossuet y Bourdaloue.

Habla Bossuet y dice:

«Para comprender en toda su magnitud y trascendencia la obra realizada por Menéndez y Pelayo, es necesario de todo punto considerar la situación de España en aquellos días calamitosos que sucedieron á la caída de doña Isabel II. Derribado el trono secular, más al impulso de las propias faltas que ante la fuerza efectiva de las facciones populares; dividido el sentimiento monárquico y religioso en dos bandos que habíanse jurado el odio eterno y la guerra sin cuartel, alzando el trono contra el trono y el altar contra el altar; relegada á vulgar destierro aquella infeliz señora á quien llamó Aparisi, en su famoso adiós de despedida, Reina de los tristes destinos; fracasado el intento de una monarquía improvisada para colocar sobre el trono de los Reyes Católicos á un príncipe de la casa de Saboya; entregada la nación á los quiméricos ensayos de una República hasta ese momento imposible, sin raíces en la historia ni adhesión verdadera en el corazón del pueblo español: la anarquía se paseaba triunfante de un extremo á otro de la península y, desbordando el fuerte muro de las viejas instituciones, había llegado á penetrar hasta los últimos refugios del alma española, quebrantando todas las disciplinas del entendimiento y de la voluntad humana. Anarquía política, anarquía religiosa, anarquía intelectual: su triunfo era completo.

«Conocida es, señores, de todos vosotros, la solución del problema político á que dió fin la restauración de la monarquía proclamada en Sagunto y coronada dos años después con la entrada triunfal en Madrid de don Alfonso XII. El orden político quedaba así por el momento restablecido, mas no era fácil resolver con igual fortuna los graves problemas del orden intelectual y religioso que allí en España, como en todas partes, traen su origen de conmociones más hondas y son por sí mismos de más complicada naturaleza.

«La tradición estaba perdida y cuando un pueblo olvida su tradición ó reniega de su pasado, pierde fácilmente la conciencia del espíritu nacional y tuerce por senderos aventurados la vocación de sus propios destinos. Un profundo desaliento se había apoderado del alma española, donde en otro tiempo reinaba el más confiado optimismo y aquella noble y magnífica arrogancia que en toda Europa se conocía con el nombre de castellana».

Luego aparece Bortaloue y estudia y piensa:

«La experiencia de sus primeros ensayos y su contacto familiar con las escuelas filosóficas de todo tiempo y nación, licieron meditar á Menéndez y Pelayo sobre las bases de un nuevo libro que sin ser un trabajo de apología directa debía reformar las condiciones de la moderna Apologética. Los libros de Bonald, José

de Maistre, Balmes, Donoso Cortés y Lammenais en su primera época, fueron quizá de grande y merecida resonancia en su tiempo, pero adolecen de enormes vacíos y no corresponden á las actuales exigencias de la crítica. El debate religioso se ha engrandecido y complicado en términos tales, que al polemista católico no bastan ya los substanciales estudios de teología y filosofía escolástica, esos que Brunetiére llamaba alimento de leones. El campo de la lucha abarca ahora todas las esferas del conocimiento humano: la metafísica y la historia, la geología y la ética, la ciencia experimental y la ciencia especulativa, para no hablar de otras ciencias especiales como la filología y la fisiología, sin el auxilio de las cuales es imposible aceptar la lucha en condiciones serias y dignas de respeto. Es, si se quiere, una desgracia lamentable en nuestra época, el que se haya introducido esta bárbara confusión entre la filosofía y la ciencia; pero el mal está hecho y acaso no es otro el verdadero origen del conflicto moral que hoy trae dividido y anarquizado al pensamiento humano.

«La historia crítica, sobre todo, es el campo de batalla en que hoy se debaten con preferencia las cuestiones de orden moral y religioso. Más que en las discusiones de pura doctrina, el público de nuestro tiempo se interesa en sus resultados positivos, en su acción inmediata ó refleja sobre la realidad viviente; en el conflicto de las pasiones que el problema religioso tiene el grande y terrible privilegio de suscitar en el alma de las colectividades sociales. Los libros históricos de Michelet tuvieron mayor influencia en la formación del espíritu francés que todos los cursos de filosofía profesados en la Soborna. Acaso no sea esta la concepción más elevada de la historia; pero quizá por eso mismo es la más generalizada y a más eficaz, cuando se quiere utilizarla como instrumento activo de propaganda. Un historiador de esta índole puede contar de antemano con la secreta complicidad del lector contemporáneo, ávido de emociones más que de luz y escrupulosa justicia.

«Sólo, contra todos, armado de todas armas, sereno y previsor en la elección del campo de batalla, pero ardiente, irresistible en el combate, el joven montañés vuelve á la arena sin reparar en el número de los adversarios ni dejarse intimidar por las reputaciones consagradas.

Después vuelve Bossuet y entonces se levanta más allá de las nubes y exclama:

«Es necesario, señores, haber conocido alguna vez estas situaciones creadas por la ingratitud de los partidos políticos ó religiosos, para comprender en toda su intensidad la magnitud del sacrificio y la grandeza de alma que se requiere para sofocar el grito del corazón y olvidar la vileza de la injuria.

«Vivir todo entero para una causa: darle su juventud, que es la flor de la vida; velar hasta las altas horas de la noche estudiando y compulsando textos á la luz de una lámpara solitaria, sin otra compañía que el rumor de la lluvia monótona que cae afuera y la sombra fugaz de alguna efímera mariposa que revolotea en torno de una llama vacilante; despertar todos los días con una misma idea fija, clavada en la mente, soñar á todas horas en el triunfo de la causa; afrontar sin vacilación los peligros de una lucha incesante; atraerse el odio inevitable y exponerse á las venganzas del adversario á quien se haya ofendido en un exceso de indignación ó de entusiasmo; olvidarse á sí propio y darse á los suyos en todo lo que el hombre pueda valer como inteligencia, ilustración, talento crítico ó facultades oratorias; renunciar á los lauros y positivas satisfacciones que fácilmente podrían recogerse en otros campos más abiertos y hospitalarios; renunciar todavía á las más dulces y profundas exigencias del corazón humano, para correr en la hora del peligro á la defensa de la bandera comprometida en alguna emboscada; llegar, luchar y vencer, hallarse envuelto por el humo del combate y sentir por un momento la divina embriaguez de la victoria!»

Y aquí entra don Juan Valera repentinamente y sonríe y dice:

Y todo ésto, señores, ¿para qué? Para que al día siguiente, pasada la impresión del peligro inmediato, se olviden vuestros servicios y se os deje volver á vuestro apartado retiro mientras la necesidad inflada, la petulancia populachera y la grave comparsa decorativa se pasean triunfantes, reclamando para sí los honores de la jornada! No tratéis de investigar las razones de la ofensa, porque es tal la villanía del corazón humano, que nunca han de faltar razones para justificar la ingratitud. Contra tales enemigos sólo hay un arma: iba á decir el desdén; pero el desdén, señores, es poco cristiano. Guardemos silencio y dejémosles pasar

como á la fiera
corriente del gran Bétis cuando airado
dilata hasta los montes su ribera.

Y así alternando el orador brillante con el pensador grave y resuelto y con el ironista fino y sutil, prosigue el admirable discurso, modelo en su género, fuente de inspiración, noble y magnífica.

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO F.

❧ PÁGINA DE ALBUM ❧

Para Adriana

INÉDITA

Aromada por pétalos de rosa
nace á tus ojos la ilusión risueña...
La vida huye fugaz, pero es hermosa;
tiende las alas al azul... ¡y sueña!

El tembloroso rayo de la estrella
y el vago aroma de la verde grama,
al ver tu juventud cándida y bella,
con romántica voz te dicen ¡ama!

Ama! te dice el suspirante río,
ama! la flor que en el jardín perfuma,
el aura leve, el matinal rocío,
el arrebol y la celeste bruma.

Sueña! te dicen con extraño acento
el florecido bosque y la laguna;
con sus murmullos al gemir el viento,
con su apacible claridad la luna.

Amar!... Soñar!... Tu espíritu levanta
á la región de los ensueños... ¡Mira!...
De amor el ave en el ramaje canta,
de amor la brisa en el rosal suspira.

Bella es la juventud! bella la vida!
Huyen los días rápidos, risueños...
Lleva á tus labios la ilusión florida,
y embriégate de amor, de luz y ensueños!

Y si esa flor un día se deshoja
y la ves por el cierzo arrebatada,
esconde en lo más hondo tu congoja
y ríe con alegre carcajada.

¡Una herida de amor!... A nadie importa
del alma enferma la secreta herida...
Para amar y gozar la vida es corta;
ama de nuevo y el dolor olvida!

.....
De amor la melancólica romanza
la llama avive de tu dulce anhelo;
embriégate de besos y esperanza.
de luz, de risas y de azul de cielo!

A. MAURET CAAMAÑO.




PEREGRINO


A Joaquín Edwards B., atentamente.



Yo cruzo por el mundo á cuestas con mi ensueño
 como Jesús, gimiendo bajo el peso del leño.
 Llevo tan sólo amores, dolor—mi pan—y vino
 en mi dismantelado baúl de peregrino.
 ¡Paz bienaventurada de las horas tranquilas,
 cuán presto te alejaste de mis claras pupilas!
 El gesto resignado, asciendo por la cuesta
 de la enorme montaña, escarpada y enhiesta...
 ¡Oh, las dulces visiones de mis bellos amores!
 Nó...que es la caravana triste de los dolores.
 ¿No dibujó sus rostros divino Praxitéles?
 ¿No hay en sus ojos fuego? ¿No hay en sus bocas mieles?

Recuerdo puro, santo de mi primer amor,
 á tus pies conmovido deposito una flor.
 Despuntan las estrellas cual lirios una á una,
 Yerta lágrima, rueda por éter la luna.

Y sigo como Cristo, á cuestas con mi ensueño,
 cansado y sudoroso bajo el peso del leño.

ARMANDO ROJAS MOLINA.



LOS NIÑOS


Los niños tienen ante todo una gran cualidad: no son hombres. Desde el mamón que golosamente bebe la leche del seno de la madre, apretando con sus manecitas regordetas el divino globo, hasta el pequeñuelo que aún no es sostenido por sus piernas y que gusta extraordinariamente de arrastrarse ó subir á las sillas y á las ventanas, hay un lazo común: la simpática inconciencia de su vida. Después, cuando las primeras palabras salen de sus labios, y comprende el papel que le ha tocado en la vida, empieza la comedia; y á fe mía que algunos la representan muy bien: entonces aparece una arruga de tristeza en el alma de los que buscan ansiosamente en la vida un rasgo sencillo, un temperamento sin débiles complicaciones, un alma grande y transparente donde la vida se depure y suavice como la luz del sol al pasar por los astros.

Cada vez que me toca ver de cerca almas pequeñas, pasmosamente insignificantes y donde germina con extraordinaria abundancia la vanidad como una colonia de microbios en el mundo rojo de una gota de sangre, me consuelo evocando la vida de los que yo considero maestros de mi alma: el enorme espíritu de Wolfgang Goethe, lago de purísimas aguas donde se reflejó toda la humanidad ó

el desgraciado Balzac, atlas del arte que cargó el mundo nó sobre sus espaldas sino sobre su corazón, haciéndolo estallar en mil pedazos... Sobre esta montaña de prejuicios, en que cada hombre da á la vida una flor de egoísmo; en la mezquina complicación que la impotencia y la necedad ponen sobre las cosas cuando no pueden penetrarlas, surge como una floración de humanidad, generosa y desbordante, el alma ingénua de los niños. ¿Qué misteriosa fuerza hay en nosotros escondida, disuelta en la sangre, que nos hace ser generosos, llenos de ternura para el pequeño que, no distinguiendo fisonomía, llama papá á cualquier desconocido que lo acaricie? ¿Por qué la mujer sólo es amada realmente cuando ha dado un hijo á su amante?

Mientras en la vida predominaron esos sencillos instintos primitivos, la raza humana fué vigorosa y grande; pero ese trocito de palpitante divinidad que se encierra en un blanco estuche de hueso, siendo la superioridad del hombre, lo ha empequeñecido, alejándolo de la vida: el hombre obedeciendo á aquella implacable fuerza descubierta por Malthus. crece, crece incesantemente, engrandeciendo las ciudades, destruyendo los bosques, despedazando las montañas; y la vida natural se aleja de la tierra, limitada quizá á la eterna ebullición del fuego en sus entrañas; y al romper de las olas en los malecones que destruye su ímpetu... En las ciudades una lucha desesperada borra de las almas esas vigorosas fuentes de salud: el hambre hace del miserable un bandido; la abundancia hace del potentado un tirano: el uno mata su vida ahogándola en vino, el otro en la inacción de la comodidad ¿dónde está entonces la vida? ¿dónde se ha marchado la naturaleza con su alegría saludable, con la equilibrada generosidad de sus entrañas? ¿Ha cumplido el hombre lo que yo llamaría su misión natural?

Hay, sin duda, una fatalidad que nos asusta: la humanidad no sufre esa hermosa ley de selección en lo que se refiere á los cerebros, porque ya es un principio la miseria física de los hombres superiores; la humanidad aumenta, cada día tiene más población; y como si el cerebro de ese hombre superior fuese más bien un patrimonio natural como las frutas ó las aguas, el inmenso rebaño se reparte sus ideas despreciando al árbol...

En esta fatal implacabilidad, la niñez desaparece: su dulce ingenuidad en el hogar del hombre pobre se convierte en llanto desesperado porque la madre carece de leche; y en la de la clase alta, en una palidez cadavérica porque no han penetrado sus carnes ni han hecho correr su sangre los tibios rayos del sol.

II

Bandidos de rosados labios llama Víctor Hugo á los pequeños; y no sé por qué á través de esta frase adivino un salón elegantemente amueblado; y un bando de chicos rubios ataviados con verdadero lujo; hay hacia los niños en esa frase un cariño de poeta que ha nacido del cerebro sin pasar por el corazón... Evoco todo el batallón de nietos del gran Hugo al rededor del poeta envejecido, escuchando la palabra del abuelo; y aunque el cuadro es de una belleza encantadora, yo lo despedazo en mi imaginación, quitando al barbudo abuelo; y arrancando los encajes del cuello de los pequeños: á todos me los llevaría en seguida á pleno sol, á la orilla de un río ó del mar para que tostaran sus carnes palidecidas con la vida de la ciudad y su sangre que corre con frialdad tuviera cálida corriente, y se agolpase en el corazón con arrebatado impulso; así, cuando veo á un pequeño atosigado de drogas, con los ojos ofetados paliduchos y los labios descoloridos, siento el deseo de desnudarlo y hundirlo en el agua del mar en una tarde de primavera, seguro de sacarlo palpitante de vida y de salud.

Por eso amo entrañablemente la pintura flamenca llena de fuerza y de luz,

donde las carnes se irisan encendidas en la cálida caricia de la sangre; y por eso admiro á Rebolledo Correa que es el único que ha sabido hacer chicos en la pintura nacional... Don Benito es un flamenco á su modo; un flamenco araucano pero tienen sus carnes toda esa sabrosa vitalidad de Rubens... Aún recuerdo, y lo tengo iluminado en el fondo del cora ón, aquel muchachote de *Humanidad* que se pega a la teta con tan goloso deleite; ó la del aquel chico regordete y sucio que hace mucho tiempo se exhibió en la vitrina de un almacén, del cual una preciosa morena, cuyos ojos negros se confunden en mi imaginación con las carnes del mocoso, hizo un juicio crítico que debe enorgullecer á nuestro sabio pintor.

—¡Qué chiquillo tan rico! dan ganas de comérselo á besos!

Por eso estoy mas de acuerdo con la expresión de Zola que sabía engrandecer la realidad sin deformarla; y que con su gran ternura de gigante llamaba á los chicos *caballeros panzones*.

Sí, Zola tiene razón: él buscaba también la vida primitiva, el alma sencilla y potente de donde sale esa avasalladora fuerza que cambia de un solo golpe la faz de la historia: el alma popular; y por esa razón amaba á los pequeñuelos repletos de salud, cuerpecillos blancos y suaves, donde la leche de la madre fructifica con vigorosa plasticidad, yo también como él, amo á los caballeros panzones que se arrastran en los conventillos del arrabal sonriendo con ingenuo asombro lo mismo al padre que se acerca á levantarlo como al perrillo jugueteón que vive con él en inofensiva camaradería: amo á los caballeros panzones de los campos que algunas veces nacen en pleno prado; donde besan su cuerpecillo moreno las brisas del campo chileno en cuyas alas deposita la mente su sabroso perfume; amo á los pequeños indiecitos botados en la ruca, y en cuya mirada, desde esa temprana edad, hay un sello varonil y retador. El último refugio del alma araucana se funda en sus pupilas francas y viriles como la última flor de copihue en la copa del roble.

Los amo con todo mi corazón porque sus espíritus sencillos han madurado á pleno sol y á pleno aire como los piñones silvestres en el interior de los robledales araucanos; los amo porque sus cuerpos infantiles han recibido junto con el beso de la madre el bautismo del agua de los ríos y de los lagos; y los amo porque cada uno de ellos es un canto á la salud, á la naturaleza, al sol: vívidas estrofas del poema de una raza épica cuya alma talvez dormita pero cuya fuerza física es siempre vencedora; aún hoy habrá araucano que sostenga cuarenta y ocho horas sobre sus hombros el tronco de un árbol como en los tiempos de Caupolicán, el semi-dios de Arauco...

MARIANO LATORRE.

CUENTO DE ABRIL

Preludio

La divina puerta dorada
Del jardín azul del ensueño
Os abre mi vara encantada
Por deciros un cuento abrileno.

Cuento de Abril, en donde canta
El ruiseñor primaveral,
Y un aire galán se levanta
Meciendo las rosas del rosal.

Bajo un vuelo de abejas de oro
Las gentiles rosas de Francia,
Al jardín azul y sonoro,
Dan el tesoro de su fragancia.

Fragancias de labios en flor,
Que al reír modulan un trino.
Labios que besa el ruiseñor
Con la luz de su canto divino.

¡Oh, la fragancia de la risa
Hecha de sartas de cristal,
Que al alma loca de la brisa
Dice su verso todo auroral!

Cuento de Abril, donde amor véuela
Con alas de ave y de canción.
Divino verso que una estela
Deja siempre en el corazón.

Cuento que cuenta el embeleso
Que provoca una boca, y
El divino aleteo de un beso
Sobre la rosa carmesí.

¡Oh, rosa de la risa loca
Que rima el teclado de su són,

Con la púrpura de la boca
Y las fugas del Ave-Ilusión!

Fragancia galante y antigua
De los jardines provenzales.
Florida cuna que atestigua,
La alta estirpe de los madrigales.

Cuento de amable devanco,
Que tiene perfume de flor.
Cuento que es como el torneo
De una princesa y un trovador.

Cuento de gaya poesía,
Más elegante que un minué.
Rosa de la galantería,
Que os brindo en lírico buqué.

RAMÓN DEL VALLE INCLAN.



* LA FIDELIDAD DE UNA VIUDA *

(Cuento japonés)

En el antiguo Japón y en la ciudad de Tokio, había un sabio profesor llamado Laku Fu, el cual estaba casado con una señora de lo más principal de la ciudad. Era ésta una joven de todas prendas, llamada Kima Maka, hermosa, elegante, discreta y virtuosa en extremo. Ambos se querían entrañablemente, tanto, que en la capital del Japón eran citados con frecuencia como modelo de esposos.

Al cabo de algunos años de matrimonio, sin que hubieran aún tenido hijos, Laku Fu empezó á ponerse demacrado y febroso, por lo cual se fué á consultar sobre su enfermedad con todos los médicos más sabios del imperio.

Por más remedios que le ordenaban, ninguno le curaba y sólo muy pocos le aliviaban, pero era para caer luego en un estado peor que antes de tomarlos. Por fin se fué á consultar su dolencia con el gran sabio Toka Son que era el médico mayor del Taikún. Éste lo examinó, le tomó el pulso á media noche, miró los astros, y concluyó diciéndole en tono solemne:

—Vuestro mal no tiene cura; habéis vertido todo vuestro espíritu vital en vuestros libros, y una mala constelación os ha tocado en Otoño, y por tanto, sólo os queda de vida hasta la Primavera.

Laku Fu se fué á su casa, y como era un gran filósofo, tomó la cosa sin desesperarse. Desde aquel día empezó á poner en orden sus papeles; terminó una obra que estaba escribiendo sobre las mariposas irisadas del Tíbet, puso en limpio sus cuadernos de viajes á la China, y al País del gran Mogol; liquidó su hacienda lo mejor que pudo, y una vez hecho esto, un día después de comer, llamó á su esposa y le dijo:

«Mira, yo estoy enfermo, muy enfermo; sé que sin remedio voy á morir dentro de pocos días, al entrar la primavera. En aquella arquilla que hay dentro de mi estudio están todos mis papeles. Encima de todo, hallarás dos legajos atados con cordones de seda. El que está atado con seda amarilla, es un tratado sobre las

mariposas del Tíbet, el que está atado con cordones verdes es el libro de mis viajes. Cuando yo haya muerto, publícalos, con la ayuda de Kiku Ku Ru, mi mejor discípulo. Dentro de aquel cofre de laca incrustado de nácar,—y le señaló uno que había encima de un trípode—hay la liquidación de mis bienes. Eso te pertenece, y como tú eres joven y hermosa te volverás á casar, y yo te aconsejo que te cases con Kiku Ku Ru, el cual es mi primer discípulo. Ocupará mi cátedra después de mí; y yo he notado que á él no le eres indiferente, y tú me has hecho muchas veces su elogio. Además, es joven, robusto y bien parecido, de un color amarillo verdoso, que enamora, y podrás tener hijos con él ya que no lo has tenido conmigo».

La joven esposa escuchó este discurso conmovida y al final rompió en un llanto inconsolable.

—Nó no me casaré jamás después de tu muerte—decía entre sollozos.—¡Primero moriré de pena! ¡Mi luto será eterno!

—Nada de eso—replicó Laku Fu—con tal de que lleves luto, y no te cases, hasta que se seque el montículo de tierra que pondrán encima de mi sepultura, ya es lo bastante. Luego cástate con Kiku Ku Ru, ó con otro, si mejor te place.

Es de advertir que en el antiguo Japón se acostumbraba á poner un montón de tierra de kaolín húmeda encima del lugar en que se enterraba un muerto, cuya tierra secándose, al cabo de días, se petrificaba, y así quedaba cerrada herméticamente la tumba. Luego le ponían una placa de porcelana con el nombre y cualidades del difunto, en esmalte.

La mujer protestó, y el sabio no hizo caso de sus protestas.

Al cabo de pocos días, Laku Fu falleció, al entrar la primavera, como había dicho el médico del Taikún. La viuda estaba incensolable, tanto, que tuvieron que vigilarla para que no se suicidara.

El día del entierro se formó una comitiva fúnebre que marchaba al son del *tam tam* y del *gong gong*, en la cual figuraba todo lo más selecto de Tokio.

La viuda iba cubierta con un velo de seda y acompañada de sus camareras. Al terminar la ceremonia del entierro y al amontonar la tierra sagrada en forma de pirámide sobre la tumba de su marido, se desmayó, y tuvieron que llevarla á casa en un palanquín.

De lejos seguía la fúnebre comitiva el fiel discípulo Kiku Ku Ru, todo compungido.

* * *

A los diez días de muerto el maestro, Kiku Ku Ru se fué á hacer una visita á la viuda.

La criada dijo que hacía ya dos días que por la tarde salía con dirección al cementerio donde estaba enterrado su marido. Kiku Ku Ru tomó aquella dirección y una vez que hubo penetrado en los fúnebres jardines, divisó cerca de un grupo de crisantemos enormes, á la viuda en el suelo agitando un gran abanico; con tanta prisa lo volteaba, que de lejos parecía una enorme mariposa que revoloteaba sobre una tumba.

Se acercó, y vió que efectivamente era ella, que estaba haciendo aire, alrededor de la pirámide funeraria.

—¿Qué hacéis aquí, señora?—le preguntó el discípulo de su difunto esposo.

—¡Ah! ¿sois vos?—exclamó ella lanzándole una tierna mirada.

—¿Por qué abanicáis así ese montón de tierra?

—Para que se seque más pronto.

POMPEYO GENER.



— ✦ De tí y de mí ✦ —

Le fuí á hablar de un amor á la que un día
Mis versos inspiró.

A decirle que al fin hallaba mi alma
La mujer que con ansias persiguió;
Y temblorosa y pálida me dijo:
Cuida de no tronchar un corazón . . .
Hay tantos entusiasmos en tu vida
Que sembraron el llanto y el dolor.
No conozco quién tiene tu cariño . . .
De tu espíritu inmenso como el sol
Quedó la luz luchando con las sombras
En tanto, corazón . . .
Concéntrate! Sé bueno! Tú has sabido
Cuánto he sufrido yo . . .
¡Que ella no sufra así! Piensa que es crimen
Robar sin arrancar un corazón . . .
No conozco quién tiene tu cariño . . .
Yo guardo aún un poco de tu amor.
Pero, antes de engañarla, piensa mucho
Y acuérdate de Dios!

Y fuí donde él, donde el que tuvo un día
De la mujer que adoro el corazón,
A decirle que en ella hallaba mi alma
La mujer que con ansias persiguió;
Y me dijo: No fíes en amores
De esa mujer que á todos engañó . . .
Ella cree que su alma para todos
Puede brillar á un tiempo como el sol.
La luz que yo robé, quedó por siempre
Sobre mi corazón,
Pero esa luz alumbrá los caminos
Que conducen al llanto y al dolor . . .
Hay muchos desgraciados que mantiene
Con su mágico ardor.
Conócelos! . . . Sus frentes están pálidas
Y en las noches sollozan como yo

Mujer: á mí me juzgan las mujeres
Como ese desdichado te juzgó . . .
Quizá somos iguales! Detengámonos!
Es verdad que sembramos el dolor,
Pero fué más la sombra recogida
Cuando ambos perseguimos el amor
Y si hicimos sufrir, fué porque nunca
Pudimos encontrarnos tú y yo.

JORGE HUBNER B.

≡ MARÍA DE MAGDALA ≡

Poema Bíblico



... Y entró la pecadora, y con el balsamo
 Los pies ungió del Redentor. Tenía
 Las finísimas hebras de su pelo,
 Redes de amor, por el amor vencidas,
 Echadas en desorden por la espalda...
 Y Jesús la miró, Desvanecida,
 Tímida, avergonzada, irresoluta
 Y tristemente bella, la caricia
 De sus blondos cabellos casi trémulos
 Posó en los pies del Redentor.—¡María,
 La dijo el Hombre-Dios, yo te perdono
 Porque has amado mucho! Arrepentida,
 Llena de gracia, como un ángel bueno,
 Como una virgen, se alejó tranquila...
 Y Jesús, contemplándola, en los labios
 Dibujó, sin querer, una sonrisa.



JORGE E. SILVA S.

Mayo de 1911.



≡ JUEGO DE NIÑAS ≡

Pilar, ocho años; Blanca, nueve; Julia, once. Una Miss; una Fraulein. En el invernadero de un hotel aristocrático.

(Las dos ayas cuchichean en un rincón: la alemana hace labor de gacero; la inglesa está mano sobre mano, con aire señorial y dominador. Las tres niñas hablan muy animadas).

PILAR.—Mirad, aquí en el banco lo ponemos todo; figura que son los regalos y el *trousseau*. Yo me voy á casar, ¿sabes? Como la hermana de Jacobita, vosotras venís á mi casa á verlo todo; ésta (*señalando á Julia.*) es la mamá, y tú eres mi amiga. Bueno, todavía no habéis venido; ahora lo arreglo yo todo, como en casa de Jacobita; yo estuve ayer con *fraulein* por la mañana.

JULIA.—Hija, tú lo ves todo.

BLANCA.—Ve todas las funciones que echan en los teatros por las tardes.

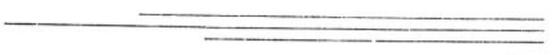
JULIA.—A nosotras no nos llevan más que al circo; no quiere mamá; dice que es pecado.

PILAR.—Tu mamá dice que todo es pecado. ¡Ay, hija! ¿Vosotras no habéis visto nunca un *trousseau*? ¡Qué pavas!

JULIA.—No lo he visto, pero sé cómo es.

PILAR.—Mira, aquí está la ropa blanca: las camisas, los pantalones...

JULIA.—¡Ui! ¡los pantalones! ¡si ahora no se llevan pantalones!

Verdaderas Bellezas 
 Chilenas



ROSA PEREIRA MONTES

PILAR.—Ya lo sé; me querrás enseñar... se llevan unas medias muy largas que suben hasta aquí.

JULIA.—Lo sé; mamá dice que ella va por dentro como las bailarinas por fuera...

BLANCA.—Bueno; pero la ropa interior no se enseña nunca en casa de la novia; se ve en la tienda.

PILAR.—Pues en casa de Jacobita estaba todo; hasta los corsés.

JULIA.—Porque son unas cursis. No se enseñan más que los vestidos y los regalos.

PILAR.—Bueno, pues entonces quito todo esto que era la ropa interior, porque yo no quiero ser cursi.

JULIA.—Oye, ¿qué le ha regalado tu mamá á la hermana de Jacobita?

PILAR.—Un imperdible todo verde con muchos brillantes.

BLANCA.—¡Qué tonta eres! ¡Todo verde! De oro verde, que es la moda, son las alhajas modernistas. Mamá le ha regalado una medalla de la Virgen del Perpetuo Socorro.

PILAR.—¿Y eso pega para una boda? Tu mamá regala medallas á todo el mundo. Ya está arreglado; ahora entrais... Pase usted. ¿Tú qué quieres ser?

JULIA.—Yo, duquesa.

PILAR.—Ahora si que eres cursi: ¡como que te voy á llamar yo duquesa! Te llamaré por tu nombre; ¿no ves que somos iguales? Digo si quieres ser casada o soltera, para preguntarte por tu marido y los niños...

JULIA.—Yo quiero ser viuda, como tía Teresa, y no tengo hijos.

PILAR.—Entonces tu hermana, ¿qué va á ser tuyo?

JULIA.—Eso, mi hermana.

BLANCA.—Nó; yo soy tu amiga; es muy soso ser lo mismo de siempre. (*Saludos, besos, etc.*)

PILAR.—El traje de boda. Lo he encargado á París.

BLANCA.—¡Pero tonta! Si el traje de boda lo regala el novio...

PILAR.—Ya lo sé; ¿pero dejará de encargarlo donde yo quiera? ¿Lo va á comprar hecho? ¡Tú si que eres tonta!...

JULIA.—¡Precioso! ¡de mucho gusto! ¡Lástima de traje para un día!

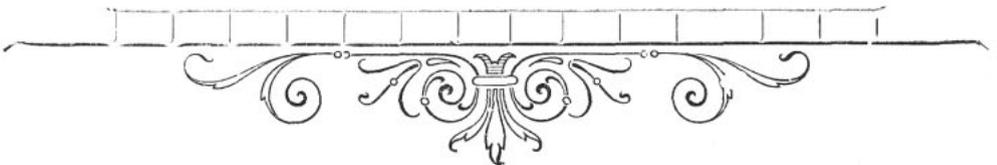
PILAR.—¡Hija, no digas eso; eso si que no lo dice nadie. ¿A tí qué te importa que el traje no sirva más que para un día? ¡No eres poco aprovechada...! Un vestido de baile, de tul *pailletée*; otro de paseo, verde almendra, con piel de nutria; el abrigo para este traje, todo de piel, y bolero también de piel para alternar... ¿Y esta salida de teatro? ¿Y ésta?

JULIA.—Bueno. Y á todo esto, ¿con quién te casas?

BLANCA.—Es verdad; ¿quién figura que es tu novio?

PILAR.—¡Mira que sois tontas! Yo qué sé. Ahora estamos jugando á esto; ¿qué nos importa el novio...? El novio es lo de menos. Vamos á jugar con formalidad, como si fuéramos mayores. Aquí están los regalos... (*Y sigue enseñando el trousseau imaginario.*)

JACINTO BENAVENTE.



* MÍSTICA *

(Para un amigo impío)

I

La faz del gran Cristo de ojos entreabiertos
 Estaba nimbada de un arco de luz;
 Sus manos — dos lirios pálidos y yertos,—
 Yacían clavadas sobre tosca cruz.

Los brazos desnudos, llorando de pena,
 Al sacro madero pegada la sien,
 Con su cabellera cubre Magdalena
 Sus senos turgentes, desnudos también.

Juan, el caro Apóstol, está á la derecha:
 Las lágrimas abren su profunda brecha
 Bajo sus pupilas de dolor preñadas...

Clavados al seno de la madre Virgen,
 Están siete horribles dolores que fingen
 Siete punzadoras y enormes espadas.

II

El sol está triste: brumoso sudario
 De nubes enfermas envuelve su faz ..
 Y en las altas cumbres del Monte Calvario
 Sobre Cristo muerto ríe Satanás.

Triunfaron las sombras. En vano la buena
 Parábola suave nos dijo: «Perdón»;
 Porque el alma humana de zaña está llena,
 Y hay mucha gangrena sobre el corazón.

La sangre que un día vertió el Nazareno
 Al golpe de lanza que le abrió su seno,
 Entre tanta sombra no produjo luz...

Que no fué bastante que aquel blanco lirio,
 Cual manso cordero sufriera el martirio
 De — entre ladrones— morir en la cruz!

GABRY RIVAS.

(Nicaragüense,

Santiago, 1912.

JARDIN INTERIOR

A Jorge Hübner Bezanilla

No te acerques al jardín,
Solitario de mis sueños,
Que no tiene ni perfumes,
Ni serenatas del viento,
No te acerques al jardín
Que cada flor... es un muerto.

Es un jardín solitario
Que ha cubierto la penumbra,
No hay un sol; nunca lo vieron
Las flores de mis angustias,
Es un jardín solitario
Tú...amada...tienes la culpa.

Muchas flores tú verías,
Muchos lirios agostados,
Pero ninguno fragante,
Ni erguido sobre su tallo,

Muchas flores tú verías
En el jardín solitario.

Hermosa mía, no vengas
No hay un ave trinadora,
No hay una fuente de plata,
Ni una estrella misteriosa,
Hermosa mía no vengas
A mi jardín sin aurora.

Esas flores que han venido
Como flores de las tumbas
Son los sueños que al morir
Sólo dejaron angustias
Esas flores que han crecido
De mi pecho en la penumbra.

ANGEL C. CRUCHAGA S.

Junio 23 de 1912.



◆ NUESTRO SIGLO ◆

He visto nuestro siglo cuatro veces. La primera vez fué en la terraza del *Stabilimento* del Lido, en Venecia hace tres años. Sentábase, todo gris, entre dos zapatos amarillos y con una corbata roja, junto á la entrada del café, en las mesas de la derecha. Ciertamente aparecía más juvenilmente elegante que conviniese á su ancianidad. Sin embargo, no estaba ridículo. No podía serlo, apesar de su peluca y de sus bigotes teñidos, con aquel rostro tan extraordinariamente áspero y maligno. La espalda amplia y curvada, las manos descarnadas y huesudas, denunciaban sus muchos años; la mirada lo desmentía ó al menos lo desmintió por unos instantes. Aquella mirada no buscaba ni el mar hermoso, color verde y violeta, ni las elegantes damas que iban y venfan por la terraza. Era una mirada inmóvil, como sumergida en un tedio, en un fastidio mortal del sitio y de las gentes. Pasó, apresurado, un camarero, con una bandeja en alto, y, al dar una vuelta, rozó aquella mesa. Dió un rugido, un rugido furioso, y, apenas había pasado el camarero, ví al señor volver la cabeza, seguirlo con dos ojos de fiera; luego, el entrecejo permaneció francido algún tiempo. Muchos, entrando ó saliendo, lo saludaban con respeto. El, apenas contestaba. Un amigo mío, que á distancia me habia reconocido, vino hacia mí, y al pasar por delante de él, descubrióse y lo saludó con efusión veneciana.

—Conde, buenos días.

Este inclinó un poco la cabeza, con un gruñido, y nada más.

—¿Quién es ese viejo?—pregunté, en seguida á mi amigo.

—Es el conde de X, de Milán; pero yo lo llamo «nuestro siglo», este diablo de siglo que no muere con noventa años á cuestas. Si X no tiene noventa años, poco le falta. Un egoísta, amigo mío, que hubiese puesto á su padre bajo un zapato y á su madre bajo el otro, si le hubiesen dicho que eso era bueno para los callos. ¡Míralo! Con aquella cara de higo seco, con esa piel de momia que debe tener, es un ejemplar de vicioso que todavía sostiene bailarinas. Sin embargo tiene ingenio. Ha viajado. Ha estado donde hay cocineros, camas cómodas, Burdeos, cigarrillos turcos y placeres. Se dice que de joven ha servido en la diplomacia, por divertirse. Sabe todas las lenguas, ha leído todos los libros modernos de que se ha hablado en el mundo. En política ha figurado como demócrata y lleva su escudo en las babuchas. Se baña cotidianamente y tiene un alma que huele á todas las porquerías. Además le agrada la música. En fin, cuando te digo que se parece á nuestro siglo.

*
* * *

El amigo, medio artista, medio hombre político, en aquel cuarto de hora odiaba á muerte el siglo presente, porque cierta persona no había venido al Lido en el vaporcito de las cuatro, conforme le había prometido. Lo dejó desahogarse. Pensaba en aquel viejo que, en tanto, había visto levantarse y partir, un poco encorvado, á paso lento, con las manos cruzadas atrás. Ya sabía quién era puesto que muchas veces había oído hablar del conde X en Milán y en Como.

Era un hidalgo lombardo, viudo, desde hacía treinta años, de una mujer célebre por su belleza y por su muerte espantosa. Caballero amable en la juventud, se había convertido, al envejecer, en un atrabiliario terrible. Ignoro si su nombre de bautismo fuese Demone; pero, según muchos, en Milán lo llamaban *Don Demonio*.

La segunda vez lo ví, el año pasado, en una «villa» del lago de Como. Eramos pocos; dos hombres y tres damas. El estaba un poco menos huraño que en el Lido; intervenía en la conversación con una voz ruda, con una charla impetuosa y entrecortada. Las señoras plantearon una cuestión de psicología amorosa propósito de no se qué novela donde una mujer apasionada y magnánima empujaba al hombre que ella amaba, y que estaba enamorado de ella, hacia otra mujer que estimaba lo haría más feliz.

El conde replicó:

—Sería un inútil; tendría algún defecto secreto. O la mujer sería de leño y el autor de estuco.

*
* * *

Entonces comprendí que, al menos bajo un punto de vista, merecía en verdad que se le llamase «nuestro siglo». Nuestro siglo cuando habla ó escribe de amor, es estúpido como un jovencillo que quiere aparecer como corrompido ó como un viejo que quiere hacerse pasar por un calavera. Necesita decir que en su amor los sentidos son todo y que el amor humano busca solamente la satisfacción de aquellos. Por eso necesita describir sus impulsos, sus deseos, sus complacencias. Necesita demostrar que posee esta ciencia, aunque cada cual sepa que todos la poseen. Necesita negar el imperio de las almas fuertes sobre el propio cuerpo, el sacrificio voluntario que alguna vez trae la satisfacción amorosa. Necesita decir, al

menos, que esta es hielo, aún cuando se sienta toda la sangre subir en una onda ardiente, pararse, temblar, descender bajo el imperio de la voluntad. Tantos hombrechicos que dicen todo esto con la intención de agradar á tantas mujercitas, se van después contentos como si se hubiesen hecho grandes. Jamás se ha predicado tan largamente un concepto del amor tan bajo como lo predica este pútrido esqueleto de siglo.

Aquel otro esqueleto de siglo en traje negro y con camisa blanca, tras una breve discusión en la que yo no dije cuatro palabras, se marchó.

Las damas me manifestaron que él no era tan triste como la gente creía. Orgullosa, sí. Tan orgullosa que la muerte le horrorizaba, sobre todo ante la idea de las ásperas manos plebeyas que habían de manejar su cuerpo. Vieioso, también; pero capaz de cierta fidelidad cordial, porque había conservado y conservaba aún unas viejas relaciones con una dama, ya poco aceptable, cargada de años, de mal humor y de alifafes.

*
* * *

Por tercera vez lo ví este año en Pontresina, poco tiempo después de haber sabido, con gran dolor, la desgracia del pobre Alberto Sormani.

Y yo pensé:

—¡Sormani ha muerto y ese esqueleto se arrastra todavía!

Lo encontré junto al Hotel Roseg. Le acompañaba una señora sobre los sesenta años, alta, delgada, con una sutil nariz ganchuda y dos grandes ojos cercados por profundas ojeras. El tenía la izquierda y ella la derecha de la calle; caminaban lentamente, sin hablarse. Aun cuando marchaban apareados comprendíase que iban juntos porque tenían ¡cosa extraña! completamente la misma mirada.

—Esos dos viejos — me dijo uno que me acompañaba y que no los conocía — se sienten mortalmente hastiados de ser marido y mujer.

Yo callé.

Hubiese preguntado á Don Demonio por qué estaba aún ligado como amante á una mujer que para el amor, tal como él lo entendiera siempre, ya no era sino un recuerdo. Pero, Don Demonio pasó junto á mí, muy elegante, muy perfumado de *heliotropo*, sin mirarme, y nada le pregunté.

—Ese hombre pensó — no habrá creído en los grandes amores que Dios ha dado. He ahí que Belcebú me lo ha encadenado á esa sempiterna cataplasma.

Lo que sucedió al día siguiente en los hielos de Roseg, muchos diarios lo han contado con poca exactitud y yo lo sé de las fuentes más verídicas, los mismos guías que acompañaron al Conde. Este llegó al «chalet» en landó, con la señora, hacia las tres de la tarde. Contemplaron con un anteojo una manada de gamos que se veía paciendo en la montaña; luego la señora entró para tomar algo y el señor se hizo acompañar hasta los hielos por dos guías. Para llegar hasta los hielos es necesario remontar un terreno áspero, un montón de guijarros y peñascales, con grietas en que no es difícil, cayendo, romperse las piernas.

Los guías, pues, viendo que el viejo señor se fatigaba demasiado y avanzaba muy lentamente, le ofrecieron por dos veces la mano. El rehusó, la segunda vez con tal acceso de furor que todo él temblaba. Llegó á los hielos sin auxilio y prosiguió adelante fácilmente, por calzar zapatos herrados. A orillas del único camino que utilizan los guías se halla una hendidura oblicua, profundísima, pero estrecha; una hendidura que espanta á los inexpertos y hace sonreír á los guías. Al llegar allí, el señor sentóse y ordenó á los guías que fueran á buscar la señora. Estos vacilaron porque hacía mucho frío y no les pareció bien dejar aquel viejo fatigado sentado entre los hielos por espacio de dos horas. Propusieronle que uno marchase, permaneciendo el otro. El replicó furiosa-

mente que la señora, para subir aquellas alturas, necesitaba los dos guías y que por tanto obedecieran. Partieron. La señora no quiso moverse del café.

Cuando los guías regresaron, ya no encontraron al conde. Encontraron sobre los bordes de la hendidura un sombrero, un abrigo, su bastón y su portamonedas abierto, lleno de oro, como una propina dejada allí con desprecio, silenciosamente.

Espantados, gritaron, llamaron en la hendidura. A un metro ó poco más de profundidad, aquella hendidura, que en la superficie tiene talvez metro y medio de ancho, se estrechaba tanto, que era imposible pasara un cuerpo humano. Siguieron el borde, y en cierto punto descubrieron, bajo el borde, en la pared interna, dos leves rastros, recientes. En seguida pensaron que sería la huella de dos tacones herrados. La pared opuesta tenía una concavidad, y se veía allí como una estrecha garganta verdosa al fondo de la gran boca destartada del monte de hielo.

En aquella garganta podía entrar un cuerpo humano.

Descendieron al camino y volvieron con algunos compañeros y con cuerdas, pero hasta hoy nada más ha aparecido del conde y es de creer que, según su deseo, manos humanas no lo tocarán jamás.

*
* *

La cuarta vez que lo ví fué esta noche, en sueños. Parecióme haber descendido á la obscuridad helada de la hendidura. Descubrí primero en la sombra una mancha negra con algo blancuzco en el medio y en lo alto; luego, sentí el olor de *heliotropo* y poco á poco fuí percibiendo el cadáver. Era horrible. Cabalgaba sobre un picacho del hielo, con las piernas colgantes, los brazos abiertos, la cabeza caída hacia atrás, sobre la pared oblicua. En la blancura vaga de la pechera lucía un brillante; en la blancura vaga del rostro muerto, los ojos abiertos, coléricos todavía y orgullosos, parecían de cristal.

Nó; nuestro siglo no morirá así. Hará confesión general, mezclando las jactancias, legítimas ó exageradas, ó los remordimientos; tendrá funerales de primera clase, con discursos y poesías y será solemnemente enterrado en *champagne*. Si bien durante algún tiempo no se hablará más que de él, en seguida será olvidado por las multitudes, como en el obscuro abismo de los hielos, el cadáver del conde. Pero, del mismo modo que yo he vuelto á ver á éste con horror, así algún poeta de lo futuro podrá ver muerto, en sueños, en los abismos del pasado, el siglo XIX, siniestro como fué en sus últimos años, respirando orgullo, odio, concupiscencia, olor de perfumería y de pudridero.

ANTONIO FOGAZZARO.



MI GUITARRA

Para Gabry Rivas.

I

Yo tengo una guitarra que es un tesoro,
Siempre cantan sus notas lo que yo siento,
Mi guitarra está triste si ve que lloro
Porque lleva en sus cuerdas mi pensamiento.

Yo le digo mis quejas y mis anhelos,
Yo le cuento mis hondas melancolías
Y desde mi guitarra van á los cielos
En alas de la brisa las melodías.

II

Creí que era la vida senda de flores
Una alegre mañana de primavera,
Ví del sol los encajes de resplandores
Y me fuí tras la sombra de una quimera.

Gimiendo entre las ramas me trajo el viento
La nota que á las almas hiere y desgarrá,
La nota que es un triste presentimiento,
La nota que es consejo de la guitarra.

No escuché su gemido, seguí adelante
En busca de un ensueño desvanecido
Con el ansia de un tierno pájaro errante
Que en uno de los astros buscara el nido.

¡Qué alegre era mi senda!... por las praderas
Los pájaros me hablaban de sus amores,
Besaban los arroyos á sus riberas...
¡Qué alegre era mi bella senda de flores!

Pero vino el Otoño con sus congojas
Y se fueron muy lejos las golondrinas,
Se murieron las flores como las hojas
Y es mi senda una triste senda de espinas.

Me fuí tras el ensueño de los amores
Pero el amor en mi alma clavó su garra
Y unas notas perdidas dicen: «¡no flores
Y escucha los consejos de tu guitarra!»

JUAN GUZMÁN C.

ROMÁNTICA

A don Juan Agustín Barriga, respetuosamente.



Entre las notas del triste piano,
Entre las notas sueña Chopín,
Y arranca arpeggios la blanca mano
Que el alma llevan hacia un Edén.

En la floresta, bajo las flores,
Byron modula su arpa genial;
Musset solloza muertos amores
Entre las rosas de albo rosal.

En la alta noche junto á los lagos,
Enamorado de las estrellas,
Lamartine llora sus cantos vagos;
Y Verlaine reza raras querellas.

Beethoven gime, gime á la luna,
En una tarde de triste ocaso...
Un cisne cruza por la laguna
Cual flor de mármol ó blanco raso.

Rafael piensa, sueña laureles
En luz bañado vuela á las nubes;
Velásquez tiene como pinceles
Las blancas alas de los querubes.

Y allá en la noche la alondra llora,
La luna brilla, la flor perfuma,
El bardo gime canción de aurora,
Desgrana el piano canto de espuma.

VICENTE GARCÍA HUIDOBRO F.



“HOJAS SECAS”

(Poesías de Julio Molina N.)

«*Hojas Secas*» es un libro de juventud, vibrante y apasionado, en que esa eterna *ella*, que ha hermosecado tantas páginas y que ha hecho surgir los más hondos poemas, pasa, triunfadora y soberbia, como una tentación imposible, repartiendo, alternativamente, ilusiones y desengaños, las rosas y las espinas de los poetas.

Los versos de Molina, son un manojito de cuitas amorosas, espléndidamente buriladas, envueltas, a veces, en un vaho de hondo pesimismo.

Dice el poeta:

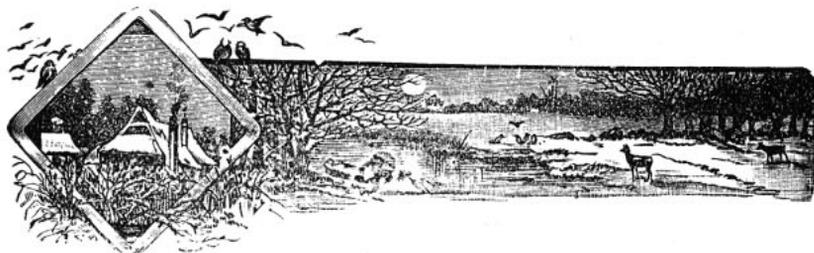
Si alguna vez, en pálidas estrofas,
puedo escribir mis penas más amargas
para, así, en vanas frases convertirlas
y así desahogarlas;
aunque entre líneas hondo pesimismo
al leer observarás,
piensa, niña, que hay mucha diferencia
entre el papel y el alma;
piensa que en cada letra va escondido
mucho dolor que no habla
y que cada renglón costó un recuerdo
un sollozo, una lágrima.

Todos los que, a lo largo del sendero de la vida, han tenido un primer amor y todos los que han soñado un bello ideal, encontrarán, seguramente, en el libro de Molina, un ritmo simpático, conocido, que sonará en sus almas con la armoniosa cadencia de un sentimiento gemelo de los que agitan sus espíritus.

Nosotros, que nunca hemos hecho crítica literaria, sólo queremos, al escribir estas líneas, rendir al poeta nuestro tributo de aplauso, en cambio de las gratas horas de solaz y de ensueño que nos brindara la lectura de su libro.

—Estas *Hojas Secas* hoy por el fuego desdeñado de la pasión amorosa, acaso un día, al lucir una nueva Primavera, sacudan el polvo, el grave pesimismo que ha caído sobre ellas, y coronen, inesperadamente frescas, la espaciosa frente del poeta...

JORGE E. SILVA S.




EL ESPINO


A mi amigo el joven poeta Carlos Barella.

El espino,
negruzco que sombrea
el áspero camino,
que conduce á la Iglesia de la aldea,
es negro, es hósco, hurraño,
como oscura visión de desengaño.

Entre sus ramas toscas,
de patriarca feudal,
tienen los buhos remembranzas foscas,
y ensueños negros cual traidor puñal.

Y en la noche,
cuando cierra la flor su tibio broche,
se oye un suspiro largo, quejumbroso,
de honda melancolía,
de nostalgia sombría.
entre las grietas de su tronco añoso.

Un tedio,
incurable talvez y sin remedio,
parece que agobiara
esa existencia rara,
cuando de cierzo alguna racha helada,
balancea su copa deshojada.

Su figura,
tétrica y demacrada
parece una entreabierta sepultura,
en medio de la pampa abandonáda.

Su florecilla amarillenta es una
lágrima melancólica de luna.

Se parece al poeta
bohémio, de los barrios apartados,
esa figura escueta
esa negra silueta,
con melena de espinas punzadoras,
y chambergo de mustias zarzamoras.

Cual ese espino,
negrusco que sombrea
el áspero camino,
que conduce á la Iglesia de la aldea;
yo conozco un poeta peregrino
que ama á una dulce Venus Cítereá.

CARLOS I. DÍAZ L.

Santiago, 1912.


SONETO


Muchachita simpática, gitanilla y morena,
Que estás ahora en Viena cantando unos cuplés
En un café-concierto; ¿en tus noches de Viena
Te acuerdas de aquel novio que se llamaba Andrés?

Y si quizá te acuerdas de mí ¿te causa pena
Pensar que nos quisimos y no te ví después
Y piensas en la época en que era dulce y buena
Y pronuncias mi nombre en bailes y soirées?

Y cuando estás en brazos de un don Juan libertino,
Que hace cantar el oro sobre tu blanco seno;
¿Sueñas en un muchacho sentimental y loco,

Que hacía poesías, soñador y moreno,
Que se embriagaba á veces de besos y de vino,
Que te quería mucho y á quien quisiste un poco?

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

✻ Casita Blanca ✻

La pálida luna sus rayos refleja
 En la blanca casa que de obscura reja
 Encubre en su seno caricias y amor;
 En las noches tiernas que brilla en el cielo
 Rodeada de cirios siguiendo su vuelo
 La ruta indicada que le dió el Señor.

Los bronces resguardan ventanas cerradas
 Detrás de los vidrios cortinas bordadas
 De apagados tonos se ven serpentear,
 Y adentro se sienten las voces ligeras
 De niñas alegres del mundo hechiceras
 Que cantan, que ríen, que saben gozar.

Paseando una noche de amor impaciente
 Por esta casita que tengo en la mente,
 Sentí en mi alma un goce, un goce sin fin.
 La cruda cortina se plegó un momento
 Permitiendo el vidrio que resguarda el viento
 Divisar la rosa de un bello jardín.

¡Oh! mujer hermosa de rubios cabellos
 Que al mundo fascinas con tus ojos bellos
 Que guardan secretos que saben soñar,
 Que nunca conozcan la pena ni el llanto
 Que seas la dicha, que seas encanto
 De tus buenos padres, de tu santo hogar.

Yo fuera la luna que en noche callada,
 Cuando tu ventana, quedando olvidada,
 Tan sólo la cierre el limpio cristal,
 Y que á tí dormida, soñando en amores,
 Con esa dulzura que duermen las flores,
 Alumbren mis rayos tu faz virginal.

PEDRO N. POLLONI V.

◀ EL OSO BLANCO ▶

Era un admirable disfraz, una imitación escrupulosa de los plantígrados del polo. La piel, cubierta de sedosa pelambre, no precisó otras faenas que las precisas á su acomodamiento en cuerpo de hombre. Perteneía á un oso muerto á tiros sobre un témpano ártico.

La cabeza, conservada intacta por el disecador, entreabría su bocaza, almenada por la carnicera dentadura. Dilatábanse en aquélla con largueo feroz las naices y aún parecían desafiar á los cazadores las pupilas de los dos ojos relucientes y fijos.

Separada del cuello, al cual debía atornillarse dejando libre el sitio destinado á la cabeza humana, recostábase la cabeza animal contra una butaca de cuero.

Junto á ella había dos zapatos y un par de guantes, fieles imitadores de las garras con que imperó en vida el fusilado siberiano.

Ningún requisito faltaba al disfraz para ser completo y producir la impresión viva del animalote de las nieves. Curioseábalo el conde, manoseando alegremente las diversas piezas que lo componían y riendo con risa estruendosa de gran señor pronto á divertirse.

Por millones contaba el conde sus monedas de oro, por leguas sus campos, por manzanas sus casas, por docenas sus títulos, por centenares los hombres venidos á este mundo con la exclusiva misión de servirle y trabajar para él. Aquel martes de Carnaval tuvo el capricho de enfardarse en la piel del oso y dar un bromazo á sus amigos.

—¡Buena tarde! ¡Buena tarde me aguarda!—exclamaba el conde entre sudores y esfuerzos provocados por el acoplamiento de la salvaje vestidura.—¡Vengan las zarpas!—añadía, encarándose con su ayuda de cámara.—¡Cálzame!—seguí. —Ya están. Muy bien, perfectamente bien. No hay dificultad alguna en los movimientos. Bueno. ¡Ajajá! .. Ahora la cabeza. ¡Vamos, hombre!

El criado, el hombre, como le llamaba bondadosamente su señor, cogió entre sus dos manos la cabeza de oso y suspendiéndola sobre la cabeza del conde, hizo que ésta desapareciese poco á poco. Luego vino el enroscarla al cuello, el atornillarla en el tronco, faena larga y dificultosa si las hay.

La cabeza de oso se acercaba á los hombros del prócer dando vueltas pausadas, muy pausadas, volviéndose de izquierda á derecha, girando de delante atrás, como si buscara con sus ojos brillantes una presa donde morder, un cuerpo vivo que rasgar, un girón de carne que introducir en el sangriento estuche de su boca.

El conde estaba quieto, inmóvil, perfectamente inmóvil, y reía con alegre y ruidoso reír á cada crugido de las roscas.

—Mucho calor va á darme—decía,—pero puedo mover la cabeza con bastante holgura; los dos boquetes para los ojos y los respiradores para la boca y la nariz caerán en su sitio. ¿Cuántas vueltas faltan, Antonio?

—Una, señor—contestó el criado.—Ya está. Mírese V. E. en el espejo. El conde lo hizo. Al verse dió un salto delante de la luna y soltó una carcajada, estruendosa, interminable, carcajada que al salir por la boca del oso se transformó en rugido feroz.

Así, riendo, se despidió del hombre convertido por la suerte en criado. El criado despidió, riendo también, al gran señor convertido en bestia.

*
* *

El sol andaluz transformaba el cielo de Febrero en cielo de Mayo. Deshecho en polvo luminoso, caía á la tierra desde el azul quebrándose en los árboles verdes

para caer cernido contra la muchedumbre ocupadora del paseo. Era el astro una risa ardiente y contagiosa que, comunicándose á todos los seres y á todas las cosas, les hacía entonar un himno triunfador. En risas prorrumpían las vegetales hojas al tocarse movidas por el viento: en risas el viento al rozarlas; en risas los pájaros al entreabrir sus picos; en risas las mujeres al oír los galanteos de los hombres; en risas los hombres al ser contestados por el mirar de las mujeres; en risas las máscaras embromadoras; en risas los embromados paseantes... Todo era risa en aquella resurrección de la Grecia antigua, de la reidora inmortal.

Un coro de carcajadas sonó, más estruendoso aún que en parte alguna, hacia la entrada del paseo. Provocábalo la presencia de una máscara, de un oso gigante que avanzaba con majestuosa lentitud al compás de sus patas enormes y de sus brazos arqueados. Su cabezota rígida, dirigía hacia adelante los ojos pequeños y feroces; la boca se abría como una amenaza ante la multitud, enseñando la doble hilera de sus dientes.

Por aquella boca salía un rugido. Era la risa del plantígrado humano que contestaba á las risas de la multitud.

De repente el oso se vió rodeado de una cuadrilla de cíngaros. ¿Venían con él? Todo llevaba á creerlo así. Eran diez ó doce hombres desarrapados, sucios, mal olientes, de rostros flacos, ennegrecidos por tizne de corcho. El corcho anulaba el color cierto de su piel, pero no habían conseguido ocultar las huellas que el hambre y la miseria grabaron sobre aquellos cuerpos, más abundantes en huesos y tendones, que en carne y sangre.

Gente de baja condición parecían. Mendigos acaso, que se habían transformado en máscaras para seguir pidiendo limosna con arreglo á las exigencias del Carnaval.

Por sus bocas brotaban también risas, risas hirientes y siniestras. En sus ojos brillaba un contento brutal: el regocijo cruel del alcohol que se exhalaba por sus bocas y lagrimeaba en sus párpados.

Era una comparsa horrible enviada por el hambre á la fiesta

¿Venían con el oso?... Indudablemente. Así lo juzgó la multitud viendo saltar á éste y volver sus garras contra los húngaros que le azuzaban con palos. Así lo juzgó oyendo los rugidos del bruto, rugidos que la cuadrilla coreaba con sus carcajadas y sus voces.

El espectáculo resultaba curioso. Pocas veces llegó la ficción a apoderarse tan exactamente de la realidad.

Cuantas faenas ejecutan los húngaros de nacimiento con los osos de veras, las ejecutaban aquellos húngaros de ocasión con el oso interino.

Uno le echó una cuerda al cuello; otro le puso un palo en las manos; otro le hizo llevar, á vergajazo limpio, el compás de la pandereta. Y el oso daba saltos revolviéndose entre la cuadrilla, con movimientos y gruñidos de fiera irritada; y el húngaro del látigo se le imponía con actitudes y con gestos de domador; y el húngaro músico aceleraba el bronco tam-tam de su pandera; y toda la caravana reía; reía siempre, siempre, coreada por la multitud que reía y reía siempre, siempre también. Hubo un instante en que el oso cayó de rodillas, extendiendo los brazos, como si implorase piedad. ¡Mira! ¡Mira! ¡qué bien imita al oso!, gritaba la gente. ¡Sí parece de veras! Y todos los espectadores de la farsa reían, y reían los húngaros, y reía el harapiento domador; el oso parecía reír con todos también, lanzando por su boca descomunal bramidos terribles.

Y las risas siguieron, y el oso cayó al suelo rendido ya, y los húngaros le obligaron á levantarse, á seguir detrás de la cuerda dando saltos bruscos y traspiés ridículos; y el oso bramaba tristemente, y el látigo chasqueaba en el aire, y el domador reía, reía siempre, con reír loco, y la multitud reía al par suyo, abriendo paso á la grotesca caravana y acompañándola con el eco alegre de sus risas inextinguibles.

Y las risas siguieron; y el conde, sin poder desprenderse la cabeza, atornillada concienzudamente á su cuello por el ayuda de cámara, continuó siendo juguete de los húngaros y perdióse con ellos en las nieblas grises del crepúsculo; y ya habían desaparecido todos y aún vibraban en el espacio los ecos del borracho reír.....

Al amanecer del siguiente día el cuerpo del oso flotaba sobre las aguas del Guadalquivir, y el sol, recién despierto, continuaba riendo sobre él.....

JOAQUÍN DICENTA.

✻ Epílogo de un gran libro ✻

(Del «Libro de los Amores» de Ricar lo León).

Era una celda pequeñita, clara y alegre, cabe un huerto frondoso, á orillas del noble Guadalquivir. La luz del cielo sevillano entraba á raudales por la reja, con los soplos tibios y perfumados del aire abrileno y los gorjeos primorosos de las aves. Todo el huerto estaba lleno de sol, de nidos y de flores. El rumor de la gran ciudad, los ecos del tráfico en los muelles, el estridor de las sirenas, el resuello de los vapores en el río, el fuerte zumbo de aquella vida meridional, pintoresca, bullidora, venían á morir en las tapias del convento, como las olas del mar en el regazo de una playa. Afuera, las aguas turbias, sonoras y veloces del siglo; adentro, la quietud, la mansedumbre, el silencio, imágenes de la eternidad.

Un lecho humilde, una hornacina con libros, un viejo reclinatorio, una mesa de pino y, encima, un crucifijo y una calavera; las paredes, blancas y desnudas; el suelo, de tablas; la reja, cerca del techo; una puertecilla de gruesos cuarterones en el fondo: tal era la celda, linda cárcel de un cautivo del Señor.

Desdeñando la comodidad del reclinatorio, rezaba, de rodillas en el suelo, un fraile capuchino, de figura ascética y extremada piedad. Popularísimo en Sevilla, donde obró señaladas mercedes con la virtud de su palabra, vivía en olor de santo. Llamábase, en religión, Francisco de Jesús.

El cuerpo alto, cenceño, erguido como un astil, parecía con grande majestad é innata elegancia, aún siendo todo su vestido y arreo el hábito de sayal, burdo y angosto, un mantillo de lo mismo y el capucho por la espalda, el cordón á la cintura y las sandalias en los pies. Su rostro enjuto, apergaminado, reducido á los huesos y la piel, rutilaba con viva hermosura espiritual, como esos místicos semblantes del Greco y de Ribera, que si una vez se ven jamás se olvidan; los ojos, profundos, enormes, ardían en el misterio de las cuencas espaciosas igual que dos brasas; tenía una luenga barba del color de la nieve y el ancho cerquillo del mismo color de la barba; los labios, finos y entreabiertos, en una sonrisa; ancha la frente y señorial, y un divino resplandor en toda su faz que enamoraba á quien despacio la mirase.

Oraba el religioso en la soledad apacible de su celda, puestos los ojos en la luz del cielo hispalense, gloria y pasión de santos y de artistas, habitación dichosa de la Virgen Madre. Un colorín posado en el alfeizar de la ventana, se asomó, poquito á poco, y entrándose después en la celda, como si ésta fuera su nidal, vino, de salto en salto, á ponerse en el hombro del siervo de Dios.

—Buenos días, hermano colorín,—le dijo el fraile con gran ternura.—¿Cómo así te llegas, tan callando, sin cantar, como es debido, en alabanza del Señor?

El pajarillo debió de entender estas palabras porque rompió á cantar con mucha alegría; luego, tendió las alas y, yendo á la mesa próxima, se encaramó en la triste calavera y allí dió unos trinos y arpegios algo burlones, hasta que, al fin, salió volando al huerto.

—Ve con Dios, hermano colorín—añadió el capuchino,—Él te libre de redes y escopetas, y te conserve tu bendita libertad...

Y juntando las manos blancas y finas como dos hostias, siguió el fraile sus oraciones.

¿Quién acertaría á descubrir bajo aquel sayo y en el semblante avellanado y seco, todo ojos y barba, todo fuego y ceniza, del religioso, la antigua fisonomía de D. Fernando Villalaz y Samaniego? Quince años de áspera penitencia, primero en el mundo, después en el claustro, no fueron bastantes á tronchar una vida tan llena de espíritu y de gracia; pero sí borraron del bello rostro todas las huellas del siglo, enflaqueciendo su tez y robándole la color, hasta convertirla en delgadísimo cristal, vaso pulquérrimo y transparente del alma. Quedóle también al caballero la aseñorada gravedad de sus ademanes y aquella voz dulcísima y briosa con que ablandaba y derretía los corazones más duros.

Largo tiempo anduvo Villalaz en traza de peregrino, recorriendo gran parte de España, sufriendo con humilde resignación los golpes de su vida andariega, tomado aquí por loco, más allá por santo, en fuerte pugna con los terribles cancerberos de una sociedad que cerró sus puertas, hace siglos, al paso de los héroes y de los dioses. Pero un día, un claro día de libertad y de reparación, quebróse la cadena que le ataba al mundo con la vida de la que fué su esposa. Murió Juana Flores (murió mejor que había vivido), y cumplió Villalaz, no sin pena, el más ardiente deseo de su alma: entró en religión.

En profesando, le pareció que hasta entonces no había comenzado á servir á Dios, para lo cual redobló sus fervores y penitencias, hasta llegar á un punto de verdadera santidad. Enviáronle sus superiores á Sevilla, tal vez por alto designio de los cielos, pues allí movió eficazmente las voluntades y fué imán de milagrosas conversiones. Cada vez más encendido en aquel rayo ardiente de caridad, se consagró por entero á la cura y salvación de las almas, ejerciendo un apostolado activo y militante en las tierras de Andalucía. Aprovechando viajes y misiones, pasaba por las ciudades y las aldeas, poseído de un furor sagrado, esparciendo las simientes de su palabra, levantando las piedras de los caminos con la fuerza de su amor. Asistía y acompañaba á los ajusticiados sin abandonarles nunca, negociando el perdón de la justicia de la tierra, y si esto no lograba, íbase con el reo al patíbulo, y allí le tenía en sus brazos y no le soltaba hasta arrancarle el alma de la boca y enviársela á Dios, ya redimida. Confesaba á los moribundos, consolaba á los tristes y afligidos, hundía las manos y el corazón en todos los dolores y desdichas, golpeaba los pechos de los hombres, más duros que el pedernal, y hacía saltar la chispa de las emociones eternas. En lucha desesperada con el pecado y con el mal, con las lepras morales y materiales, con las fieras de las pasiones, se arrastraba por el suelo con los caídos y los levantaba en alto y los traía á redención. Grande milagro era que un pobre viejo, cargado de días y de penas, tuviese bríos para tan fuertes obras...

En uno de sus viajes tuvo un encuentro singular.

Isabel y Tasarín, que vivían en grande fortuna por la donación de Villalaz, salieron á su encuentro y arrodilláronse á sus pies con muchas lágrimas y bendiciones. Pelayo Crespo había partido de este mundo, pero su nombre florecía en un hermoso nietecico, lleno de gracia y de alegría. Lloró tiernamente el franciscano la muerte de su viejo camarada y bendijo aquel hogar melancólico sobre tantos dolores restaurado.

No le satisfacían al humilde y ardentísimo siervo de Dios aquellos fáciles triunfos que alcanzaba en las ciudades apacibles de Andalucía. Inflamado en amo-

res y santas vehemencias, hubiera querido abarcar con sus brazos toda la humanidad. Sentía un ferviente deseo de penitencia, de lucha, de combate, de sacrificio; quería verter su sangre, lastar su cuerpo, ofrecerse á los hombres como una hostia de caridad y de dolor. Su naturaleza robusta, su espíritu abrasado, su impetuosa fe, le empujaban con brío á las misiones lejanas, á las selvas vírgenes, á los riesgos, á los martirios, á los actos heroicos de la santidad. Envidiaba la suerte de los audaces misioneros que vivían en las regiones bárbaras é infantiles de la tierra, lejos de los pueblos cultos é hipócritas, ganando las almas en gloriosa pugna, como en la edad de hierro del Cristianismo.

Con esta sagrada embriaguez pidió á sus superiores que le enviasen con una Misión que de allí á poco salía para la India, y, siéndole concedido, tuvo un raptó de alegría frenética, como si el dejar la patria y el ir, acaso á fenecer en lejanos climas, fuese la más sabrosa felicidad del mundo.

Puesto ya el pie en el estribo y con las ansias de su encendido apostolado, hallábase el religioso en la celda, aquella mañana, cuando se abrió la puerta y apareció un lego, que dijo:

—Le avisan al padre para que vaya al hospital á confesar á un moribundo.

Alzóse al instante el padre Francisco de Jesús y salió de su celda detrás del lego. Con el paso firme y la mirada en tierra, atravesó las calles alegres de Sevilla. Entrando en el hospital oyó una voz que, con grande miedo, le advertía:

—¡Ay, padre..., que es un leproso!

—Mejor—repuso el descalzo.—Los hijos de San Francisco sienten especial amor por sus hermanos los leprosos.

Llegó el fraile al lazareto, en compañía de un dependiente de la casa.

—Da miedo verlo—decía el seglar.—Lo trajeron hace poco en gravísimo estado... Es lepra ulcerosa lo que tiene... ¡Cuidado, padre, no se le acerque mucho!...

—¡Almas pobres y afeminadas de nuestros días!—pensaba el capuchino, llegando á la celda del enfermo—¿qué sabéis vosotras de caridad, qué sabéis de heroísmo, qué de abnegación? ¡Capaces seriais de dejarle morir inconfeso por el temor del contagio! ¿Quién, como San Luis, y Sibila de Flandes, y Catalina de Sena, y mi santo padre Francisco, pusieran hoy sus manos y hasta su boca en la faz gangrenada de un leproso?

Abrióse la puerta de escondida estancia, y, al entrar el fraile, lo primero que éste vió fué la blanca toca de una hermana de la Caridad.

—¡Sí, todavía—pensó el siervo de Dios,—brilla en la tierra la luz de aquellos altos luminaires!

En un rincón de la triste sala, sobre un humilde lecho, yacía el pobre lázaro.

Horror daba mirarle. Encima del cabezal aparecía una masa informe de carne temblorosa, cubierta de escamas y de tubérculos, con grandes manchas rojas, amarillas y grises, medio derretida en úlceras y humores. Más que un rostro humano, semejava un montón de entrañas descompuestas. Cebádose había la lepra en la epidermis, en los músculos y en los huesos, agujereando la piel, arrasando los cabellos, sepultando las facciones, destruyéndolo todo. Muerta ya la sensibilidad, desleíase la materia como si ya estuviese en el sepulcro.

Sólo una alma encendida en caridades y abnegaciones, era capaz de acercarse allí y mirar, sin cerrar los ojos, aquella máscara de podredumbre, aquel antro vivo de miseria y dolor.

Del fondo obscuro de semejante sima, salió una voz cavernosa y angustiada:

—¡Padre! —dijo.—¡Por el amor de Dios!... ¡Me muero!... ¡Piedad!

Arrodillóse el fraile y rodeó con sus brazos, delicada y amorosamente, el cuerpo del leproso. Y acercando su semblante, lleno de luz, al rostro del gafo lleno de abismos y de sombras, dijo con voz dulcísima:

—¡Hijo mío! ¡Hermano mío! ¡Dios te aguarda, como te tengo yo, con los brazos abiertos! ¡Bendice tu dolor, pues él te lleva á la vida inmortal!

—¡Nó, padre!—exclamó el lázaro con un sollozo.—¡Ni aún con esta muerte... con esta muerte desesperada... pago todas mis culpas!... ¡Soy el hombre... más infame de la tierra!

¡No importa!—repuso el confesor.—¡Un momento, un solo momento de contrición, un instante no más de suprema contrición, basta, hijo mío!... Cuenta, cuenta tus pecados... Si hasta los hombres perdonan..., ¿no ha de perdonar Dios?

Tenían las palabras del franciscano en aquel trance tristísimo una elocuencia llena de lágrimas y misericordias.

—Escúcheme, padre... Yo dí odio á cambio de amor... Estas manos que ahora come la lepra, se mancharon con sangre... Escuche, padre mío...

Sollozando y balbuciendo, contó el leproso una breve historia de largos crímenes... Anarquista de acción, había sido cómplice de secretos atentados.

—Perseguido por la justicia —añadió el penitente—busqué el amparo de un hombre de corazón... y de piedad... Me abrió él los brazos, me dió abrigo en su seno, y yo... Primero, le engañé ocultándole mis crímenes... luego... le quité la honra...

—¡Dios mío!—clamó Villalaz, surgiendo bajo los hábitos del fraile. Clavó la mirada en el semblante monstruoso y vió allá adentro, al través de la máscara de la lepra, brillar los ojos del enemigo...

Un sentimiento humano, el placer impuro de la venganza, pasó como una centella por el alma de Villalaz. Pero al instante, Francisco de Jesús, estrechando en sus brazos, amorosamente, el cuerpo del leproso, añadió:

—Sigue, hijo mío...

—Arrastré á la esposa de mi noble bienhechor... Huí con ella... y con los dineros que á él .. le habíamos robado... Y luego .. para coronar esta infamia... la abandoné... un día... y seguí mi camino de perdición...

Al decir esto, acometióle un síncope.

—¡Perdónale, Dios mío!—exclamó Villalaz juntando las manos.—¡Perdónale... como yo le perdono!

Acercó el oído a la boca del moribundo y advirtió que aún respiraba. El labio inferior del leproso, colgaba desprendido del maxilar, como el belfo de un animal herido. La carne, gangrenada, se caía á pedazos.

—¡Oh vida! ¡oh vida!—murmuró el religioso —¡Qué triste, qué engañadora, qué frágil eres! ¡He aquí en lo que paras, barro miserable, vestido de púrpura y de nieve, crisol impuro de las pasiones!... ¡He aquí el término de los amores humanos, de las fáciles alegrías, los ímpetus juveniles y las exaltaciones de la carne! ¡oh ejemplo!... ¡castigo elocuente y espantoso!

Recobró la palabra el gafo y gimió con voz sorda, apenas inteligible:

—¡Padre mío!... ¡misericordia!... ¡quiero vivir!

Todavía se aferraba el instinto á aquel montón de podre y de miseria.

—¡Vivirás! respondió el fraile.—¡Vivirás con gloria y con amor, hijo mío, eternamente, descansadamente, allí donde la vida no es una farsa, donde el amor no es un pecado; allí donde se calman todas las angustias y se satisfacen todos los deseos y se encuentra para siempre el manantial que apaga la sed! Vivirás, hijo de mi alma, yo te lo juro!

—¡Soy un infame!—balbució el leproso.

—El arrepentimiento lava todas las culpas. El espíritu depura y esclarece todas las lepras de la carne. ¡Yo lo sé, hijo mío! ¡Yo lo he visto con los ojos de mi alma! Soy un hermano del dolor y de la muerte... Fué mi voluntad abrazarme con todo lo triste y amargo de la vida y sondear el fondo de la tragedia humana y escudriñar los misterios del pecado y del dolor, guiado por una luz de los cielos que no me abandona nunca .. Yo he visto lo que se esconde bajo esas lindas apariencias de la alegría y he alzado los velos de la felicidad y me he estremecido de lástima y de horror ante la podredumbre y el cieno. Mas, siempre en el abismo de

las almas y de las cosas, he hallado un reflejo divino, una lucecilla, una chispa de sol .. ¡Horribles son tus culpas, hijo mío; pero el amor de Dios te salva! Dentro de la cárcel obscura y triste de tu cuerpo hay algo de Dios que te redime...

—¡Oh qué consuelo, padre mío!... Pero aquella mujer... aquella mujer que arrastré con mi pecado...

—¡Aquella mujer murió arrepentida!—exclamó el confesor con grande solemnidad.

—¡Me muero! ¡Me muero!—gritó el leproso recogiendo sus últimas fuerzas en aquel grito—¡perdón!

—¡Felipe Crespo!—murmuró el fraile haciendo la señal de la cruz.—¡Yo te absuelvo en el nombre de Dios!

Abrió los ojos espantado el moribundo, hundiéndose ya en el negro agujero de la muerte.

—Yo, Francisco de Jesús, te perdono... Yo, Fernando Villalaz, te perdono también... ¿Cómo no ha de perdonarte Dios?

Exhaló el leproso un gran gemido. Se estremeció todo; intentó alzarse y cayó pesadamente sobre las almohadas. Inclínose el fraile sobre el triste pecador y vio que todo había terminado. Entonces, con un impulso vehemente, con un arranque del alma, puso los labios sobre la frente del redimido, sobre la frente áspera y rugosa invadida de la lepra, y le dió un beso de paz.

Toda la instancia se iluminó, de súbito, con un resplandor de gloria.

.....

 Aquel mismo día partió el padre Francisco de Jesús para las Misiones de Oriente.

RICARDO LEÓN.



—❧ LAS VIUDAS ❧—

Vauvenargues dice que en los jardines públicos hay avenidas frecuentadas principalmente por la ambición fracasada, por los inventores desgraciados, por las glorias abortadas, por los corazones lacerados, por todas las almas tumultuosas y mudas en que retumban todavía los últimos suspiros de una tempestad y que huyen lejos de la mirada insolente de los alegres y de los ociosos. Estos sombríos retiros son los puntos de cita de los fracasados.

En estos lugares especialmente es donde el poeta y el filósofo prefieren dirigir sus ávidas conjeturas. Porque son fértiles en impresiones. Pues si hay una plaza que no quieran visitar, como ya indiqué antes, es sobre todo la alegría de los ricos. Esta turbulencia en la vida no les subyuga en nada. Al contrario, se sienten arrastrados irresistiblemente á todo lo débil, arruinado, contristado.

Un ojo experimentado jamás se engaña en estos lugares. En los rasgos rígidos ó abatidos, en los ojos hundidos y tiernos ó brillantes de los últimos embates de la lucha, en las profundas y numerosas arrugas, en las marchas lentas ó tan irregulares, descubre enseguida las innumerables leyendas del amor engañado, del

sacrificio desconocido, de los esfuerzos sin recompensa, del hambre y del frío soportados humilde y silenciosamente.

¿Habéis apercibido algunas veces viudas, viudas pobres, en estos bancos solitarios? Lleven ó nó luto, es fácil reconocerlas. Por otra parte, en el luto del pobre falta siempre algo, falta la armonía que le hace aún más aflictivo. Está obligado á escatimar hasta su dolor. El rico lleva el suyo sin omitir ningún detalle.

¿Cuál es la viuda más triste y más entristecedora, la que lleva consigo un muchacho con quien no puede compartir sus ilusiones ó la que está sola por completo? No sé... seguí una vez durante muchas horas á una vieja afligida de esta especie; iba rígida, derecha, llevando un chal usado y ostentando todo su sér una estoica altivez.

Estaba evidentemente condenada por una absoluta soledad, á las costumbres del viejo célibe y el carácter masculino de sus costumbres añadía una misteriosa gracia á su austeridad. No sé en qué miserable café ni de qué manera se desayunó. Seguía al gabinete de lectura; la espí durante mucho tiempo mientras buscaba en los periódicos, con ojos activos, estropeados antes por las lágrimas, noticias de un interés poderoso y personal.

En fin, por la tarde, bajo un cielo de otoño encantador, uno de estos cielos donde descienden en tropel los pesares y los recuerdos, sentóse en un jardín, un lugar solitario, para oír, lejos de la muchedumbre, uno de estos conciertos íntimos con que la música de los regimientos solazá al pueblo parisién.

Sin duda sería éste el pequeño placer de esta vieja inocente (ó de esta vieja purificada) el consuelo bien merecido de una de estas pesadas jornadas sin amigo, sin conversación, sin gozo, sin confidente con que Dios le abrumaba quizás desde hacía muchos años y trescientas sesenta y cinco veces por año.

Más todavía.

Jamás pude abstenerme de dirigir una mirada si no universalmente simpática, curiosa cuando menos, al sinnúmero de parias que se empujan al rededor de la valla de un concierto público. La orquesta lanza á través de la noche cantos de fiesta, de triunfo ó de voluptuosidad. Los vestidos se rozan; las miradas se cruzan; los ociosos, cansados de no haber hecho nada, se bambolean, perzozos de saborear indolentemente la música. Nada hay aquí que no sea rico, feliz, nada que no respire é inspire la tranquilidad y el placer de vivir; nada exceptuando el aspecto de la turba que se apoya en la barrera exterior, recogiendo gratis, á merced del viento, un fragmento de música y mirando el brillante hormigueo interior.

Siempre es interesante el reflejo de la alegría del rico en el fondo de los ojos del pobre. Pero este día, á través del pueblo vestido de blusa y de indiana, apercibí un ser cuya nobleza formaba un brillante contraste con toda la trivialidad de que estaba rodeado.

Era una mujer alta, majestuosa y de aire tan noble, que no recuerdo haber visto otra semejante en las colecciones de bellezas aristócratas del pasado. Emanaba de toda su persona un perfume de virtud altanera. Su rostro triste y flaco estaba perfectamente de acuerdo con el gran luto de que iba completamente vestida, al igual que la plebe á que se había mezclado y á la que no veía, miraba el mundo luminoso con profunda mirada y escuchaba inclinando dulcemente la cabeza.

¡Visión singular! «Seguramente, me dije, esta pobreza, si es que es pobreza, no debe admitir la sórdida economía; su noble rostro me lo asegura. ¿Por qué pues continúa voluntariamente en un ambiente en el que constituye una nota discordante?»

Pero al pasar curiosamente por su lado creí adivinar la razón. La majestuosa viuda llevaba de la mano un niño vestido como ella de negro; por módico que fuese el precio de entrada, este precio bastaba quizás para satisfacer una de las necesidades del pequeñito ó aún para una superfluidad, para un juguete.

Y habrá vuelto á su casa á pie, meditando y soñando, sola, siempre sola; pues el niño es turbulento, egoísta, sin dulzura y sin paciencia, y ni aún puede, como el puro animal, como el perro y el gato, servir de confidente á los dolores solitarios.

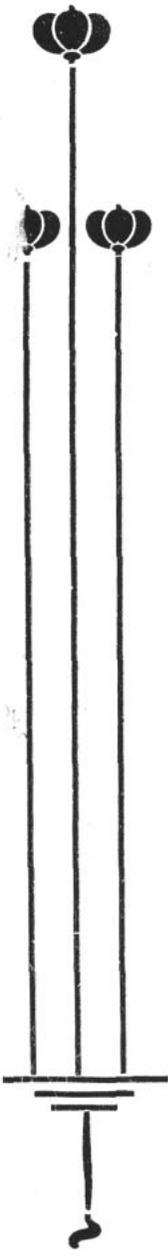
C. BAUDELAIRE.



LA ROSA NIÑA



A mademoiselle Margarita M. Guido.



Cristal oro y rosa. Alba en Palestina.
Salen los tres reyes de adorar al rey,
Flor de infancia llena de una luz divina
Que humaniza y dora la mula y el buey.

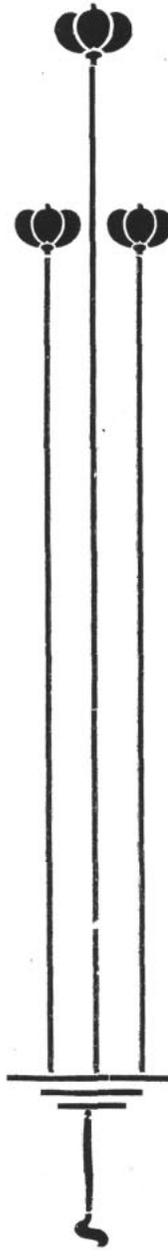
Baltasar medita, mirando la estrella
Que guía en la altura. Gaspar sueña en
La visión sagrada. Melchor ve en aquella
Visión, la llegada de un mágico bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos
Cubiertos de sedas y metales. Frio
Matinal refresca belfos de camellos
Húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
Van acompasando los plumajes flavos,
Los ágiles trolés de potros de Arabia
Y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron á la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? De la India? Es en vano
Cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
Del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
Y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
Portando el incienso, la mirra y el oro.



En las cercanías de Belén se para
El cortejo. ¿A causa? A causa de que
Una dulce niña de belleza rara
Surge ante los magos, toda ensueño y fe.

—¡Oh, reyes! — les dice Yo soy una niña
Que oyó á los vecinos pastores cantar,
Y desde la próxima florida campiña
Miró vuestro regio cortejo pasar.

Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno,
Que el mundo está lleno de gozo por él
Y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno
Que hace al sol más sol, y á la miel más miel.

Aún no llega el día..... ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir á Belén.
No tengáis cuidado que la apague el diablo;
Con mis ojos puros la cuidaré bien.

Los magos quedaron silenciosos. Bella
De toda belleza, á Belén tornó
La estrella; y la niña, llevada por ella
Al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto á aquél infante,
En cuyas pupilas miró á Dios arder,
Se quedó pasmada, pálido el semblante,
Porque no tenía nada que ofrecer.

La madre miraba su niño-lucero;
Las dos bestias buenas daban su calor,
Sonreía el santo viejo carpintero;
Y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales;
Perfumes en frascos de hechura oriental.
Incensos en copas de finos metales,
Y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada...
Ante la mirada del niño Jesús.
(Felizmente que era su madrina una hada,
De Anatole France, ó el Doctor Mardrus).



¡Qué dar á ese niño, qué dar sino ella!
 ¿Qué dar á ese tierno, divino Señor?
 Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
 La de Baltasar, Gaspar y Melchor...

Mas á los influjos del hada amorosa
 Que supo el secreto de aquel corazón,
 Se fué convirtiendo poco á poco en rosa,
 En rosa más bella que las de Sarón.

La metamórfosis fué santa aquel día
 (La sombra lejana de Ovidio aplaudía).
 Pues la dulce niña ofreció al Señor,
 Que le agradecía y le sonreía,
 En la melodía de la Epifanía.
 Su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor.

RUBÉN DARÍO.




PÁGINA DE LA VIDA...

Rodó suavemente la lujosa victoria orillando la iluminada residencia de aquella aristocrática avenida y tras los últimos golpes secos del herraje del tronco en el asfalto, saltaron ágilmente los dos amigos. Esa noche Arturo había accedido á los ruegos del siempre amable camarada, y se decidió á matar un poco el tedio abrumador de sus recuerdos asistiendo al gran baile de la estación.

Entraron, y fueron saludando con la sonrisa y el gesto elegante al recorrer los regios salones, á todas aquellas amistades que encontraron al paso; fué así cómo Joaquín, el siempre amable, llevó presuroso al divisar entre sedas y flores, su entusiasmo y su amor una vez más á la que pronto sería la dueña de su vida, á Berta tan bella como buena. Acercóse Arturo sonriente y estrechó con calor la diminuta mano brillante de joyas que le extendiera tan francamente la gentil morenita de ojos negros de misterio.

Ahora, Arturo los dejaba ir envolviéndolos en una intensa mirada de envidia de tanta dicha. Iban pausadamente arrullándose en el ensueño de su amor, de sus esperanzas, de su vida del porvenir. Cuando se perdieron sus cuerpos enlazados entre la multitud alegre y perfumada, tornó el atormentado sus pasos hacia el pequeño salón solitario del fondo y halló reposo en un blando confidente de raso. Allí escuchando los latidos de su corazón y los suaves compases de un valse vienés, volvió á su memoria torturante siempre, el recuerdo lejano de la siempre

amada de su vida, de aquella á quien diera todas sus ansias y perfumes de alma, sin que supiera devolverle otra cosa que olvido, mucho olvido.

Había terminado la orquesta y Arturo ensimismado en sus hondos pensamientos, en el continuo ir y venir de sus recuerdos, agobiado por la fría visión de lo imposible en su vana tarea de sentirse amado por la perjura, sintió que le tocaban, miró sin sobresalto y se encontró con los dos ojos negros de misterio de Berta, del brazo de su amigo. Rogóle Joaquín hiciera compañía á su adorada y salió presuroso. Tomó asiento la bella y buena, y después de breve pausa, insinuó dulcemente la conversación haciendo preguntas breves como si temiera romper el silencio del triste. Por fin calló la vocesita inquisidora y habló Arturo arrastrando penosamente sus palabras como bajo la influencia tardía de sueños idos que quisiera reconstruir al presente. Y dijo: «nó mi querida amiga, no es Graciela ni esos celos que Ud. se imagina; tales cosas ya no caben en mí cuando puedo decir que me sería imposible dar más amor del que en otros tiempos dí secando las fuentes que fertilizaron mi corazón, hoy estéril. Esa hermosa Graciela sólo ha sabido cautivar mi amistad y mi atención por su modo tan diferente de las otras, por su franqueza, por su solemne desprecio hacia la hipocresía que encarnan las conveniencias, pero nó mis afectos, los otros, los de mi corazón que ya no puedo darlos. Hay en mi vida otro problema de alma que debo referir á Ud. porque creo que no se burlará: había jurado no volver á hacer esta confidencia, la más íntima de mi vida. Tantos me han llamado romántico cuando hube de leerles esta página triste de mi libro interior, la que me hiere constantemente, sin descanso. Tiene ella la mitad de mis esperanzas muertas y es el reflejo más puro de mi único amor».

Y continuó: «Fué hace once años. Era mi alma de niño tan blanca como el ropaje de que se viste la pureza y como si la naturaleza pusiera prematuramente en mi ser la fuerza sensitiva de los grandes afectos, dí en las horas inocentes de nuestros juegos infantiles, sin saberlo, todo el delicado caudal de mis sentimientos á la otra almíta blanca, mi predilecta. Supe defenderla de los demás chiquitines siempre que la quisieron reñir y acabé por ser su inseparable, dividiendo con ella la alegría de nuestra vida de niños cuando un nuevo juguete ingresaba á la caja común en que solíamos guardar los de ambos. Así pasaron dos años y con el desenvolvimiento precoz de mis afectos llegué á amarla tiernamente, sin pensar en que más tarde los azares podrían turbar la felicidad de aquel amor nacido al primer impulso de dos almas en flor. Tres años más no colmaron nuestras ansias, y ya entonces en la plena concepción de nuestros sentidos, aspiramos fuertemente el perfume tenaz y delicado de esas rosas escogidas en los jardines del Ensueño, cuya frescura y belleza nos hacen ver la vida en una eterna primavera. Dí á esa pasión toda la fuerza de mis quince años, toda la savia floreciente de mi vida; entregué ansioso de ofrendar, mi corazón entero en las manos como blancos lirios de mi anada y saboreé enloquecido el gran contraste del rojo sangrante de mi ofrenda al empapar los finos dedos blancos de la tan querida. Pero hubimos de saber del amargor de las tristezas hasta entonces ignoradas, y un día que debía ser el de la eterna despedida, la besé en los labios rojos que se ofrecieron candentes á la trémula caricia de los míos y la estreché tan largo rato, que debieron nuestros corazones en la suprema comunión de sus sentires, decirse el adiós eterno llorando por nuestros ojos su congoja, al mismo tiempo que por nuestras bocas contraídas agonizaba el último eco de su queja. Al día siguiente partí al extranjero enviado por mis padres, y así tuvimos que separarnos.

«De entonces, todo fué en vano. El tiempo y la distancia, esa causa tan vulgar y tan abrumadoramente cierta fué separando lentamente nuestras almas. Allá en

lejanos países de otra lengua y otro sol, luché como bueno por ella, dediqué mis triunfos á ella, y en mis noches insomnes durante el crudo invierno, después de las largas lecturas de mi estudio que alentaban poderosamente su imagen evocada al través del retrato de mirar sereno que me diera años antes, me retiraba á soñar con ella, siempre con ella, hasta que los rayos matinales del rubio disco y la campana de la Iglesia cercana me hacían despertar. Transcurridos cuatro años y concluidos mis estudios, volví lleno de esperanzas amándola más que cuando la dejara, y ¡oh crueldad!... ya no encontré á la de antes; me había olvidado y amaba á otro más feliz que yo. En vano es querer contar las torturas que devoró mi alma durante los días que siguieron al de mi regreso. La pena y el fastidio hicieron presa de mí ser y cuando pasado el primer dolor me fui acostumbrando á la desolación en que cayera mi espíritu, busqué el alivio en el trabajo diario de una oficina de negocios para matar con el mecánico bregar de la vida el dolor de mis dolores. Así, amiga mía, perdí la fe y desde entonces me corroe la duda, la terrible duda en mí y en todo. Mi corazón está estéril para otras, porque sigue siendo de ella; y, sin embargo, la perjuración no sabe darme más que olvido, mucho olvido».

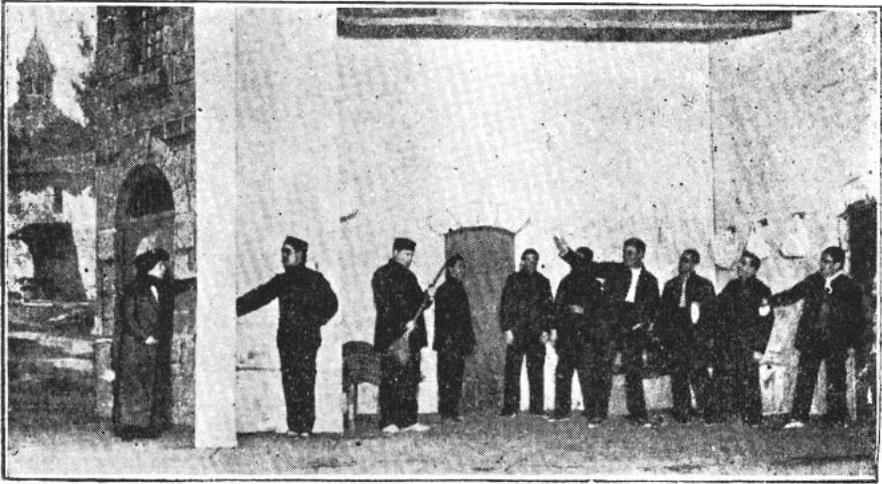
Cayó Arturo en su habitual tristeza y por sobre las sonrosadas mejillas de Berta, rodaron dos grandes lágrimas. Era la ofrenda de aquella alma fina y buena ofrecida por sus ojos negros de misterio al siempre atormentado, que le había abierto su corazón para que descifrara entonces, aquel otro misterio que encerraba su eterna tristeza.

Dejáronse oír las primeras notas de un two-step, y apareció Joaquín rompiendo la monotonía del ambiente con su charla inteligente y jovial. Luego se fueron los felices novios pausadamente, arrullándose en el ensueño de su amor, de sus esperanzas, de su vida del porvenir y, mientras tanto, el triste escuchaba silencioso los latidos rítmicos de su corazón destrozado.

ABRAHAM A. ARCE.
(Nicaragüense).

Santiago, Julio 1912.



TEATRO

Escena final del primer cuadro del acto primero

➤ **COMPAÑÍA BORRÁS** ◀

MALVALOCA**NOTAS**

¡Malvaloca! ¡Malvaloca! delicada flor de la sierra pisoteada al nacer por los humanos! Linda como la sonrisa de la aurora al asomarse tras la loma! Alegre como el cantar de los pajarillos en las ramas floridas de los almendros! Y buena, ¡oh! buena, con la bondad de la luz que alumbra para todos!

He dicho flor, sí; Malvaloca cual la pobre flor embalsama con su exquisita fragancia sin conocer el precio de lo que dá. Corazón de reina, cuerpo de serrana, tan pronto vacía su bolsa en manos de una más pobre que ella, como deposita sus joyas en el altar de la Virgen Purísima en ocasión de ir á visitar á un antiguo amante, sin tener conciencia del mal, por qué nació buena y generosa.

Y ella misma al darse ¿acaso lo hizo por sensualidad? ¡Nó! fué en un momento de dolor, en la hora trágica de su abandonada existencia? ¡Sí! no pudo negarse, se lo pidió el hombre que llevó palabras de consuelo á su corazón, pan para calmar el hambre que desgarraba sus entrañas, que asolaba su triste vivienda!

Y ella la pobrecita sin más educación moral que su instinto, devuelve sacrificio por sacrificio; á su cabeza de pajarillo no asoma la idea de la falta, ha vivido demasiado al natural. No ha llegado aún el momento en que golpee á sus puertas el grande amor, el que la despierte de su sueño de inconsciencia y le haga medir su desgracia. Aquel hombre ligero de cascos que no sospechando los tesoros de grandeza moral de su alma, la tomó al pasar, como á una linda flor que deslumbra la vista, para adornar el ojal de su «americana» y botarla apenas empiece á marchitarse. El mismo Salvador, lo dice: «¡Sí! La yevé á armosa á una venta en Córdoba, le dije que me esperara un segundo que iba por tabaco, y volví á los dos años á vé si estaba ayí toavía!»

Desgraciada Malvaloca, tan tierna é ingénua, no cabe en su alma el engaño, se creyó amada y en su anhelo de cariño, cual enredadera que envuelve en su fresco verdor el árbol á que se arrima, revistió al alegre vividor de la frescura y exquisita fragancia de su propia alma; se apegó á él por gratitud, llegó á creer que lo amaba y algunas lágrimas nublaron sus lindos ojos, porque Malvaloca, ante todo, era leal y al hacer el holocausto de su hechicera personita se creyó amarrada



Carmen y el Alcalde Sr. Borrás en el segundo acto

al seductor, engañada por el reflejo de su propia sinceridad. Él huye, empieza á temer quererla demasiado, y como no ha sido capaz de comprenderla porque es demasiado vulgar, confundiéndola con cualquier pajarillo, la deja en el mesón, «porque es mujé que se mete mucho en er corazón; nos íbamos tomando cariño; me había yorao dos ó tres veces... Y eso de que me yore una mujé no es pa mi genio. Hacen las lágrimas una cadenita, que sujeta más que toas las que podamos forzá nosotros en la fundición».

Necia pretensión la de medir todas las almas con la misma medida. Hay tanta grandeza, tanta lozanía de alma en la manchada Malvaloca que encanta. Exponiéndome á caer en desgracia declaro que la prefiero á muchas mujeres immaculadas que son prodigios de pequeña necesidad, crueldad, llenas de hiel, intrigantes, que creen haber sacado patente de derecho de despreciar, de pisotear al género humano, tan sólo por haberse conservado puras, sabe Dios, si por no ser capaces de sentir una pasión, ó por falta de ocasión; y aquellas mismísimas impecables, llegado el momento de la más vulgar de las caídas, sin un átomo de amor ¿sabe alguien los subterfugios de que se valdrían para que las cogieran á la fuerza (á modo de violación) con grandes protestas en los labios y grande, inmenso regocijo de la carne?

Almas mezquinas y bajas que encubren la prostitución del corazón bajo ficticia virtud; que necesitan poner de relieve las miserias, las desgracias de una infeliz Malvaloca de corazón de oro, para aparecer immaculadas! Almas farisaicas, que se arrodillan ante el altar del Dios de la Magdalena, con el corazón henchido de hiel, y el mundo se inclina á su paso, son el orgullo de la sociedad! Fingen, y al fingir heroísmo que no tienen, las roe su propio veneno, aparecen entonces llevando en el rostro un sello de austeridad, y el vulgo esclavo de las apariencias

dice: ¡qué cara de santa! Dios sólo ve que aquellos ojos bajos, aquel recogimiento estudiado para dar golpe, aquel alarde de exagerar las faltas ajenas, aquellas jaculatorias suspiradas estrepitosamente á *hurtadillas*, con pudorosa coquetería cuando hay un público que *ejemplarizar*, son cosas abominables á sus ojos porque al hacer el proceso del pensamiento sólo El distingue á Caín anidado en lo más hondo de aquellas almas!

También ve, Dios, que la sincera y frescachona Malvaloca, si hubiera tenido un guía que la dirigiera; si hubiera encontrado temprano en su camino al hombre que la comprendiera y la amara como ella merecía por sus nobles prendas, habría sido santa con la santidad seductora de una Teresa de Jesús ó de Isabel de Hungría las grandes enamoradas de los altares.

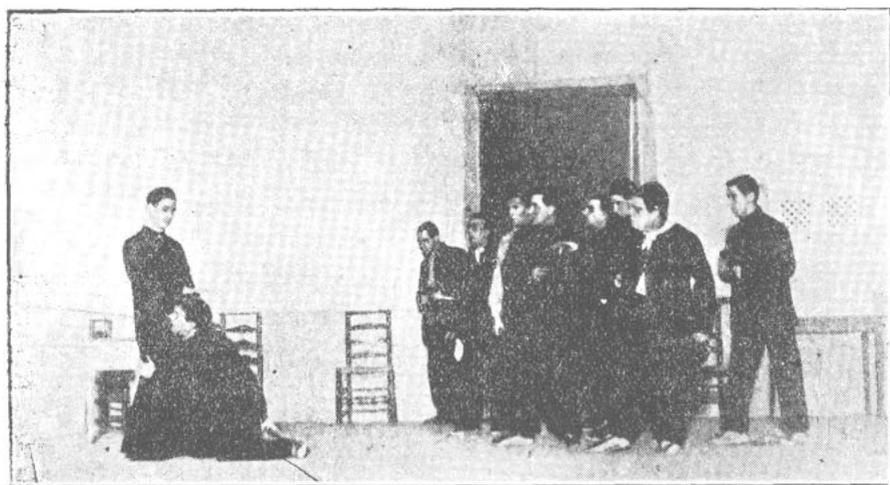
Ella reza todos los días con la fe de la serrana que no analiza á Dios sinó que lo lleva en el corazón. Ella sabe que El es el soberano del Universo, con más certidumbre que la más ilustrada, porque jamás ha manchado su cerebro la sombra de una duda, y con la seguridad de ser escuchada le pide cuanto necesita. Ha seguido las romerías á pié descalzo, dejando las huellas de su sangre en las piedras del sendero. Da limosna sin medir, y cuando no tiene dinero, entonces la generosa mujer se desprende de las joyas que lleva consigo, de sus ricos mantones de seda, etc., y hay quién se atreva á decir que no es buena? En cambio, aquellas, las que el mundo llama buenas, escuchan la voz dolorida que implora, contemplan la mano seca por el hambre que se extiende para pedir, sin que una fibra de su corazón responda, basta con su buen nombre, lo demás, quién lo sabría? Siquiera lo presenciara algún cronista de vida social, de algún diario, á fin de que publicara un párrafo sobre la caridad privada, la mano que oculta á la otra su generosidad, ¡ah! entonces sí, valdría la pena de darse el trabajo de estirar los cordones de la bolsa y socorrer á ese desvalido que mañana talvez esa crueldad fría convertirá en un desenfadado anarquista.

Malvaloca, la hechicera, la que esconde su ingénita delicadeza bajo la jovialidad encantadora, la que es capaz de todos los heroísmos, de todas las abnegaciones, la mujer llena de dignidad que jamás ha vendido su corazón, tiene su despertar cual si ante sus ojos se descorriese tupido velo permitiéndole mirar su interior. No hace más que conocer á Leonardo, el hombre de alma gigante como la suya, y el remordimiento de la falta sale á flote. ¡Oh! Malvaloca! apenas siente nacer su amor, que se apodera de ella el anhelo de ser perfecta; como Adán y Eva después del pecado ven la desnudez de su cuerpo, así ella ve la mancha á la luz que irradiaba su corazón. Cuando da sus joyas y dice «que de ese modo no más puede ser buena», es el primer grito del amor que llora sobre el pasado.

El verdadero amor es puro y santo, no tolera las sombras, en su delirio de perfección tiene acentos desgarradores de dolor; al ver con evidencia que si hubiera encontrado á aquel hombre al principio de su vida, hubiera sido la mejor de las mujeres, se desespera y le dice á Leonardo con infinita gracia empapada en lágrimas que la hace fundir en sus hornos de fundición, como el bronce de la campana del Hospicio. Así exclama, retorciendo las manos en medio de las convulsiones de su inmensa pena. «¡Quién fuera bronce como ella!»

Y el Leonardo ¿qué piensa? Su amigo se ha creído en el deber de contarle todo, y como no se ha sospechado el alma encantadora de aquella mujer le dice que tomarla en serio es locura, que Malvaloca no pasa de ser una pajarilla como cualquier otra. Pero, como el alma de Malvaloca es la que está en comunicación con Leonardo y no su cuerpo, una voz que viene de lo más íntimo le advierte que lo que más vale en aquella hechicera mujer, está intacto, que al dar su envoltura de carne, el alma estaba muy lejos! Sin embargo, sufre horriblemente: cree encontrar en su linda boquita las huellas de los besos de Salvador. Pero, loco de enamorado, acaba por olvidar aquella falta en que Malvaloca ha sido mucho más desgraciada

que culpable y cuando ella se abraza á él delirante y se arrodilla á sus piés diciéndole: «¡Yo contigo! ¡Ampárame á mí desde tu cruz! ¡No me abandones nunca! ¡Cuando no me quieras, me matas! ¡Pero, mientras, contigo, contigo!»! Él responde entre sollozos: «¡Conmigo sí! ¡Eternamente desgraciados, pero eternamente dichosos! ¡Abrazados á este dolor, punzándonos las mismas espinas, pero siempre juntos!»! Y después al terminar, le dice, refiriéndose á la campana: «Canta el amor



Escena final de la obra

de todos». ¡Su voz tiene para mi corazón un oculto sentido! ¡Yo también fundiré tu vida al calor de mis besos, con el fuego de este loco amor, tan grande como tu desventura!.....

Aquí cae el telón de la vida sobre la historia de esas dos almas enamoradas que seguirán amándose en el más allá desconocido, con el eterno amor de las almas!

MONNA LISSA.

◀ EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS ▶

«El Alcázar de las Perlas» no es un drama, es un sueño, un sueño fantástico, un sueño de hadas, dormido á la sombra de las palmeras orientales, arrullado por los sollozos de la gusla y saturado de perfumes arábigos.

«El Alcázar de las Perlas» tiene muchas perlas; tantas, cuantos versos tiene. Concedo que tendrá defectos, que es demasiado lírico, y os digo que, á las veces, los personajes se me figuraron monigotes que salen á recitar versos y se van... pero es un sueño, y un sueño siempre es hermoso, acaso porque no es realidad. Por eso dejo á un lado el estrecho criterio del análisis y sólo digo mis impresiones internas: nunca he mirado las manchas en el sol.

La obra está inspirada en la hermosa leyenda del mismo nombre, que se encuen-

tra en el célebre libro «Al-Lanhk-Bar». Francisco Villaespesa la ha poetizado. Con la vara de oro del poeta la hizo manar perlas.

Es una pieza que debiera ser ópera. Pide canto, pide música... música de Wagner ó de Boito: música grandiosa. El dulce acompañamiento de una cascada de perlas que se despeña.

¿Qué diré de Borrás? Lo que todos saben: es un artista genial, es el mago de la escena. Codina no dejó nada que desear. La Adamuz estuvo bien, fué justamente aplaudida al recitar algunos versos.

Y ahora, anotadas estas breves impresiones, quisiera grabar en letras de oro esos cuatro versos magníficos que dice Alhamar sobre el poeta, ese portavoz de la humanidad, que tiene algo de semidios:

Son los versos en medio de nuestra vida inquieta,
 Palmas á cuya sombra soñamos el amor...
 ¡Quién no escucha los cánticos divinos del poeta,
 Es como el que desoye las voces del Señor!

VICENTE GARCÍA H. FERNÁNDEZ.

Noche del 23 de Julio.

—>>> BORRÁS <<<—

Es el más grande de los actores españoles contemporáneos. El ha creado los personajes de muchas grandes obras. El Manelich de Tierra Baja, es algo admirable. Yo había visto este drama cuatro veces, más cuando lo dió Borrás, me pareció nuevo. Toda ponderación es poco, á veces con un gesto, con una mirada nos muestra toda una lucha horrenda que se desarrolla en el interior de su alma. Ese pastor que ha crecido en la montaña, entre las cabras de su rebaño, entre las rocas y las breñas tiene en el físico algo de animal, de felino. Ruge como fiera y acostumbrado á matar, como en un juego, los lobos que asaltan sus ovejas en el monte, sabe también matar los lobos sanguinarios y crueles de la tierra baja.

En «El Padre Juanico», no es menos genial que en la obra anterior. Está obligado, por el amor que profesó á Inés, á defender á su hija la encantadora Rosó, de su tío, hombre hipócrita é infame, que pretende casarla con su hijo Llorensó. La muchacha ama á Tonio el bueyero de su tío y el padre Juanico que había desempeñado el mismo oficio recuerda su vida pasada, su amor á la madre de Rosó, que la casaron por fuerza y se propone estorbar las pretensiones del tío. Al final del drama el padre Juanico, señor Borrás, es verdaderamente conmovedor; muere herido de una bala que Llorensó dispara á Tonio y en su agonía los une para siempre con el divino lazo del matrimonio.

En «Muerte Civil», hizo un Laurencio insuperable. Murió tan á lo vivo que muchos lo creyeron exagerado. Yo oí á un médico que respondiendo á esto de la exageración, decía que era completamente exacto, tan real como el había visto morir á muchos envenenados. Esto es fácil de comprender porque el que pasa repentinamente de la vida á la muerte, con todo su vigor, su fuerza tiene que morir así; con esas contorciones, desesperado, revolcándose en el suelo por los dolores horribles que le destrozan las entrañas.



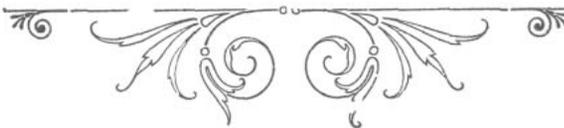
ENRIQUE BORRÁS

En «La Cena de las Burlas», hizo un Neri admirable. El público lo ovacionó largo rato. La impotencia para vengarse de Jeanetto cuando está en la cárcel le hace subir un flujo de sangre al rostro y cuando se finge loco es imposible llevar el arte mas allá. No es ménos admirable después cuando se vuelve loco verdaderamente al ver que ha muerto á su hermano y no á Jeanetto.

En todas las obras en que ha figurado, ha hecho una verdadera creación. Es un Juan José único, en «Juan José», en «María Rosa», hace un Ramón de todo punto sobresaliente.

Borrás es para mí el más grande actor contemporáneo con perdón de Zaconni y de Novelli.

V. G. H. F.



❖ AMOR DE MUERTE ❖

Volvieron á su casa bien alta la noche.

El verano se había emperezado aquel año, y aunque mediado Septiembre, fué lento el paseo y muy grata la vigilia bajo la palpitación luminosa de las estrellas.

Al abrirles, soñolienta, la criada, el calor de las habitaciones oscuras les abofeteó denso y oliente.

Carlos protestó:

—¡También es manía!... Siempre cerrado... Huele á hospital.

En seguida se arrepintió, sintiendo temblar en su brazo la mano exangüe, afilada, de Vicenta.

Ella, jadeante aún, silenciosa, palpando en la oscuridad, atravesó dos habitaciones hasta llegar al balcón, que abrió de par en par.

En el rectángulo azul de cielo parpadearon las estrellas, y con la blanca tenuidad de luna entró un vientecillo sutil.

—Vamos; ya está abierto, hombre.

De la plaza surgía la inmensa armazón de un mercado. Oía acremente á gallinero, y en las chatas ventanas á ras de suelo lucía una luz amarillenta y triste.

Vicenta se dejó caer en una butaca, toda oculta de sombra frente al armario de luna, que tenía muerta opacidad de cielo cuando otoño.

Carlos, andando á pasos fuertes y retembladores del entarimado, fué á acodarse en el barandal de hierro, retardando el momento de irse á la cama.

—Dan ganas de no acostarse, ¿verdad, nena?

«¡Nena!» Por primera vez le sonó á sarcasmo la cariñosa palabra. Y al mirar á su marido, recio y sereno, un poco fatuo en el estudiado desgaire de la silueta recostándose sobre el aire apulino, Vicenta se sintió bajar á las entrañas el frío nacido á raíz del cabello.

Se casaron á comienzos de una primavera, cuatro años antes.

Voceaban entonces las primeras violetas, y en las esquinas, en las carteleras, nombres de toreros prometían la sangre y el oro de la corrida de inauguración.

La boda fué algo melancólica. Vicenta estaba ya enferma, y Carlos aún no había vivido veintiséis años. Sin embargo ella, menuda y cascabelera, de carnes consumidas por un fuego interno que rara vez le asomaba á las negras pupilas, mentía ficticia salud.

El gozo de los primeros meses la rejuveneció, y toda su carne, secada en la mansa fiebre de una soltería demasiado larga, parecía haber adquirido fuerzas, vibraciones y hasta cierta prodigalidad de placer, desconocidas. Carlos, simplón é inconsciente, llegó á creer en el amor realizado y en el feliz descubrimiento de su ideal.

Luego, poco á poco, con la inevitable crueldad de un lento desgarró, se convencieron de su necia confianza del porvenir: en un rabioso recrudecimiento de amor, ella; con algo de compasivo hastío, él. La vida no les perdonaba su error de intentar el milagro de un mediodía con la luz de sus dos crepúsculos de orto y ocaso.

La noción del ridículo les deslumbró por un momento. Carlos bajó la cabeza ruboroso y azorado. Vicenta la irguió encogiéndose de hombros, creyéndose capaz de retar y vencer al tiempo.

Pero les ligaba algo más fuerte que el amor. Carlos en el fondo era bueno, y toda su alma agradecida se entristecía de no poder seguir mintiendo...

Se conocieron de un modo prosaico: en la casa de fieras. Él, recién llegado á Madrid, desde la yerba llanura manchega, paseaba su murria ante las jaulas.

Las fieras, flacas, sucias, entumecidas del largo cautiverio y de la frialdad serena de aquel Domingo de Diciembre, ridiculizaban las ansias viajeras, presentando esas variaciones de los países del sol y de la sangre con cartones y percalinas de opereta, ó ingenua chillonería de cromó. Los osos movían isócronas, en una muda y desolada negación, las recias cabezotas, de pupilas tristes. El tigre, tendido contra las tablas podridas, parecía sin carnes, sin huesos, como á la venta su piel para posar en ella los pies desnudos al saltar de la cama. El león, lacia la melena despelada, miraba sin ver ensombrecida de una quieta tristeza de dios viejo, la cara quizás no sintió nunca el bochorno ilimitado del desierto. En el fondo de su jaula la hiena se había dormido acurrucada, como un montón de trapos fétidos.

Y después, detrás de las empalizadas, los antílopes de ojos dulces y suaves, el camello de bello grave y estúpido como un rey de la decadencia; el elefante negro y macizo, florecido de sucio verdín el lomo; los canguros grotescos...

Sobre ellos, sobre los barrotos y las cadenas orientas, sobre las maderas podridas, sobre los setecientos arbolillos, caía cierta amargura, como una densa niebla de melancolía.

Carlos pensó en esos viejos museos de algunas provincias, donde se apolillan los animales disecados. Así era aquella tarde el pomposo Parque Zoológico: como un inmenso museo que de pronto se animara con vida ficticia y cruel, en claridad de símbolo, de consejo desalentador contra las arrogancias humanas.

Lejos de las selvas, de los soles meridianos, de las llanuras sin fin, los nacidos para la lucha y la embriaguez de los horizontes se morían poco á poco, sin gloria, enfermos, distrayendo la estupidez de niñeras y soldados.

Carlos saboreó de antemano la abúlica quietud de los que echan á dormir sus almas. Prolongando esta inercia de pensamiento y de acción, siguió á Vicenta en la aburrida paseata á lo largo de las jaulas. Frente á los faisanes y á los pavos reales, ella le sonrió indulgente y animosa.

—¿Nos acostamos?

Vicenta lo dijo suavemente, humildemente, como si las palabras anduviesen de puntillas desde la sombra de la butaca hasta la azulada diafanidad del balcón.

Carlos suspiró resignado. Entonces añoraba unas pupilas verdes bajo el trigal ondulado de una cabellera rubia.

—Vamos...

Vicenta le adivinó la mental infidelidad.

—Sabe Dios en qué estarías pensando.

Él se encogió de hombros. Ahora ya pensaba en ella, enferma de la matriz, desterrada del amor, próxima á la suprema negación.

—¡Tan bien como estaba yo esta noche! Y...

—¿Qué? ¿Vuelven los dolores?

—Sí. Como hacía mucho tiempo no me dolía... He cogido frío... Yo me muero, Carlos...

—¡Bah! ¡Qué bobada! Ven: cógete del brazo. Así.

La llevaba casi arrastrando. Vicenta levantaba hasta él una mirada humilde y dolorosa.

—Sí... me muero... Y tú quedarás aquí y serás de otras mujeres. Te querrán como yo te he querido. Tal vez alguna te haga feliz, mucho más feliz de lo que yo he podido hacerte... Pero ¡no! Eso no debe ser; no puede ser. Tú eres mío.

Le cambiaron plenamente la actitud y la voz, y engarfió la mano sobre el brazo de Carlos, como apresándole, como sujetándole para más allá de la muerte.

—Tonta...

En el fondo, sentía halagada su vanidad de buen mozo por aquella rabiosa desesperación.

—Vamos... vamos... No lo creas. Tranquilízate. Aun has de vivir mucho tiempo...

Y apenas recostó la cabeza en las almohadas se durmió tranquilamente, sonriendo al sueño de pupilas verdes y cabellos rubios.

«Yo moriré y él seguirá amando».

Era la idea fija, el lúgubre estribillo, algo insufrible y cruel como la gota de agua que horadaba los cráneos en lejana época.

Apoyado el mentón en la palma de la mano, hundido el codo contra la frialdad de la sábana, le veía dormir, impávido y sonriente, con el ofensivo reposo de un dios.

Y Vicenta, roídas las entrañas por el dolor incurable, presentía la vida futura:

«Yo moriré y él seguirá amando».

Fuerte, másculamente constituido para el amor, Carlos olvidaría á la muerta y haría del porvenir una loca canción epitalámica...

Vicenta se sentía enfriar el sudor de las sienes. Oculto en sus entrañas, el mal seguía mordiendo implacable, obligándola á clavarse las uñas en la carne flaca, abrasada sobre los huesos.

«¿Y si...?»

Pero cerró los ojos horrorizada ante la monstruosidad del pensamiento.

Palpitaba en la alcoba medroso silencio.

A través de las puertas cerradas llegaba el tictaqueo del reloj. Lentas y hondas fueron sonando las horas y las medias horas.

Sobre la mesa de noche, dentro del vaso rojo, lucía la llama de la lamparilla como un deseo dentro del corazón.

«¿Y si yo le...?»

Volvió á horrorizarse; pero esta segunda vez menos espantada, sin cerrar los ojos, que se clavaron sobre la garganta desnuda de Carlos, buscando sitio....

Debía de estar cerca la mañana, porque en la calle sintió las colleras de los primeros ómnibus que iban á la estación.

Entonces pensó en los viajes que haría él á través de las ciudades y de los espíritus de mujer, mientras ella aumentara la tierra del cementerio.

«¿Y si yo le matara?»

Tuvo que sujetarse las manos una á otra, hiriéndose con las uñas, y se mordió el grito de terror y de sangre que le había subido á la garganta.

Pero siguió mirando ansiosamente el cuello de su marido, obscuro por la recia barba de dos días.

—¡Carlos... Carlos!...

Carlos oyó la voz en su sueño sonriente y acaso feliz. Ronca y extraña, debió hermanar con lo soñado, y un nombre de mujer le tembló en los labios, bajo el ancho bigote rojo.

—Rosario... Charito...

Fué no más que un minuto de tragedia.

Vicenta saltó sobre él, y argollándole las manos al cuello le extranguló.

La mirada asesina, la mirada muerta se salieron de las órbitas para chocar en un aplastamiento convulsivo.

José FRANCÉS.